

REVISANDO: SEXUALIDAD Y GÉNERO EN LA CULTURA DE IZQUIERDA EN LA ARGENTINA DE LA DÉCADA DE 1980*

REVISING: SEXUALITY AND GENDER IN ARGENTINA'S LEFT-WING CULTURE
IN THE EIGHTIES

REVISITANDO: SEXUALIDADE E GÊNERO NA CULTURA DE ESQUERDA NA ARGENTINA
DOS ANOS 80

MG. FEDRA LÓPEZ PEREA
IDAES/UNSAM
Ciudad de Buenos Aires, Argentina.
Email: flopezperea@yahoo.com.ar
Id-ORCID: 0000-0001-6444-7985

RESUMEN

Durante la década de 1980, sectores de la cultura de izquierda de la Argentina revisaron la propia historia reciente en términos políticos y cotidianos, incluyendo aspectos sexuales y de género. Esas revisiones estuvieron atravesadas por la idea de que había una “crisis de la izquierda” y que era necesario redefinir las características de la militancia. Todo esto se produjo en diálogo con la apertura democrática y el “destape”. Las revistas de la cultura de izquierda fueron espacios en los que se desarrollaron estos debates, se presentaron las posiciones y se esbozaron, en algunos casos, nuevas propuestas. Este artículo recupera esos debates que permiten observar cambios en materia de género y de disidencias sexuales en la cultura de izquierda en la historia reciente.

Palabras clave: Género; disidencias sexuales; cultura de izquierda; década de 1980

ABSTRACT

During the 1980s, sectors of Argentine leftist culture revised their recent history in political and everyday terms, including sexual and gender aspects. The revisions arose from the leftwing crisis and the need to redefine the characteristics of militancy, generating a dialogue with the

* Recibido: 14 de marzo de 2021; Aceptado: 12 de noviembre de 2021.

** El presente artículo de investigación forma parte del desarrollo de una de las líneas de indagación sobre sexualidad y género en la Argentina de la década de 1980, que integra el proyecto de tesis de Doctorado en Historia que me encuentro realizando en IDAES/UNSAM.

democratic opening and the “destape”. Left-wing cultural magazines were the spaces where positions and, in some cases, new proposals were developed. This article takes up those debates that allow us to observe the changes in gender and sexual dissidence in left-wing culture in recent history.

Keywords: Gender; Sexual Dissidence; Left-wing Culture; 1980s

RESUMO

Durante os anos 80, setores da cultura de esquerda na Argentina revisaram sua própria história recente em termos políticos e cotidianos, incluindo aspectos sexuais e de gênero. Estas revisões foram marcadas pela idéia de que havia uma “crise da esquerda” e que era necessário redefinir as características da militância. Tudo isso ocorreu em diálogo com a abertura democrática e o “destape”. As revistas de cultura de esquerda eram espaços nos quais esses debates se realizavam, eram apresentadas posições e, em alguns casos, eram esboçadas novas propostas. Este artigo recupera aqueles debates que nos permitem observar as mudanças de gênero e dissidência sexual na cultura de esquerda na história recente.

Palavras chave: Gênero; Dissidência sexual; Cultura de esquerda; Década de 1980

Como citar: López Perea, F. “Revisando: Sexualidad y género en la cultura de izquierda en la Argentina de la década de 1980”. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, Vol. 26, nº 1, 2022, pp. 241-282, doi: <https://doi.org/10.35588/rhsm.v26i1.4846>.

1. INTRODUCCIÓN

Este artículo reconstruye cómo sectores de la cultura de izquierda en la Argentina, en la década de 1980, se propusieron revisar cuestiones vinculadas a la sexualidad y al género. En un contexto atravesado por las dinámicas políticas de la transición, y por el fenómeno del “destape” cultural y sexual, diferentes iniciativas vinculadas a la izquierda, que aquí se reconstruyen a partir de un conjunto de revistas, participaron de esos diálogos y revisaron qué era “ser de izquierda”. Esas intervenciones focalizaron su atención en las características de la militancia –pasada y presente–, y en ideas y prácticas en relación a las sexualidades y el género. Fundamentalmente se interrogaban sobre los modos en que podrían integrarse (o no) a su agenda política, las demandas que a nivel global y de modo incipiente a escala local incluían los movimientos feministas, homosexual, gay y lésbico. Para muchas y muchos de quienes intervinieron en estos diálogos, la incorporación de estas demandas y temáticas era crucial para revisar y actualizar qué era “ser de izquierda” en la década de 1980.

La sexualidad y el género fueron tópicos que estuvieron presentes en las agendas de las organizaciones de izquierda de las décadas de 1960 y 1970.

La historiadora Isabella Cosse plantea que la preocupación en torno a la moral sexual en el marco de las organizaciones de izquierda respondió a –y también fue parte de– las impugnaciones a la moral sexual que tenía múltiples ramificaciones culturales y políticas (“Infidelidades” 7-9).

En términos de mandatos explícitos e implícitos, la historiografía ha señalado que, fundamentalmente en las organizaciones político-armadas se validó el reforzamiento de patrones sexuales vinculados a la heterosexualidad, la monogamia, la desigualdad para las mujeres, la promoción de imágenes de masculinidad ligadas a la virilidad sacrificial, y la exclusión, sanción y/o la invisibilización de las disidencias sexuales¹ (Ollier 24-26; Carnovale 223-271; Cosse, “Masculinidades” 837; Oberti 39). Mientras tanto, los intentos de articulación con colectivos y demandas feministas, homosexuales y lésbicos fueron limitados. Las organizaciones político-armadas más importantes, Montoneros y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), apuntaron a la organización de la militancia de mujeres en “frentes” específicos, pero que no se reconocían como feministas (Grammático; Oberti). Sin embargo, organizaciones de izquierda no-armadas, como el trotskista Partido Socialista de los Trabajadores (PST, que descendía del PRT-La Verdad de Nahuel Moreno), y el Frente de Izquierda Popular (FIP), perteneciente a sectores de la izquierda del peronismo, sí incluyeron a grupos feministas que crearon espacios específicos dentro de ellos. En ambos casos, los grupos de mujeres que integraron esos colectivos feministas terminaron distanciándose de sus respectivos partidos por la escasa atención que recibían sus demandas y espacios de militancia-. (Trebisacce 32-39). El PST tuvo también un tibio acercamiento al Frente de Liberación Homosexual (FLH) desde 1973, el cual ocurrió de modo cuasi confidencial. En este sentido, Santiago Insausti señala que algunos dirigentes del partido comprendían que la liberación sexual era una causa válida, aunque posiblemente evaluaban que no estaban dadas las condiciones para proponer una articulación deliberada a las bases (“¿Hedonistas?” 94). El FLH se fundó formalmente en 1971, a partir del Grupo Nuestro Mundo, creado en 1967 grupo liderado por un sindicalista del Partido Comunista. Su intento de articularse al peronismo en 1973 fracasó rápidamente tras manifestaciones homofóbicas de sectores tanto de la derecha

1 Si bien el término de disidencia sexual no era utilizado en las décadas de 1970 y 1980, aquí se lo utilizará para hacer referencia a los movimientos homosexual, lésbico y luego, gay, que se encontraba en conformación en esos años. La creciente organización de las mujeres travesti-trans en la década de 1990 se integró al colectivo. En 1992 realizó la primera marcha del Orgullo Lésbico-Gay.

como de la izquierda del peronismo. El historiador Patricio Simonetto explica que “fue un colectivo político de disidencia sexual que actuó [...] en la zona metropolitana de Buenos Aires [...] bajo lineamientos radicales: anticapitalistas, antipatriarcales y antiimperialistas” (25 y 46).

Es probable que, entre personas y colectivos identificados con la cultura de izquierda, la renovación y ampliación de los intereses y de las ideas sobre la legitimidad de las demandas en torno a (y hacia) las políticas de género y de disidencias sexuales fueran emergiendo durante los años de la dictadura, tanto en la Argentina como en los destinos de exilio. En este último caso, que se ha trabajado más, algunas contribuciones ya comenzaron a abordar los “devenires feministas” de mujeres exiliadas por razones políticas, y hay algunas contribuciones para comprender cómo algunos sectores de la militancia de izquierda se aproximaron a entender y militar por las disidencias sexuales (Seminara y Bortolotti; Álvarez; Ortuño Martínez; Insausti, “¿Hedonistas?”). Si bien es necesario mucho trabajo más, es plausible sostener que buena parte de las nuevas reflexiones en torno al género y las sexualidades comenzaron a perfilarse en la segunda mitad de la década de 1970, y se tornaron visibles en la década de 1980, en la que se detiene este ensayo.

Este artículo se inserta entonces en tres campos de estudios: el de la historia reciente y, particularmente, de la transición; el de estudios de las izquierdas y el de los estudios de género y sexualidad. El campo de la historia reciente y, en especial, de la transición, fue ampliamente abordado por estudios de la ciencia política, y tuvo en la última década una ampliación dentro del campo de la historiografía. Según Claudia Feld y Marina Franco, la transición fue un proceso incierto, no cerrado, con continuidades respecto del período anterior, en el que los posicionamientos de los distintos actores eran cambiantes, los límites de lo enunciable eran porosos, y en el que la jerarquización de los problemas políticos y debates fue distinta que la de tiempos posteriores (365-366). Marina Franco ha puntualizado en las dificultades de pensar la transición como el momento de emergencia del paradigma de los derechos humanos en tanto asunto político central de la época (341-363). Entre el 24 de marzo de 1976 y el 1º de diciembre de 1983 la Argentina estuvo bajo la última dictadura cívico-militar que operó un sistema de terrorismo de Estado donde se entrecruzaban un sistema de represión legal con uno de represión clandestina basado en el secuestro, tortura y desaparición forzada sistemática de personas, y el robo sistemático de bebés de mujeres embarazadas al momento de su detención ilegal. La dictadura mostró signos de debilidad hacia 1980 como resultado de la crisis económica, las disputas de liderazgo entre la Marina y el Ejército, a la vez que a nivel internacional las denuncias sobre la violación de Derechos Humanos se hicieron cada vez más resonantes. En 1981, el general Jorge Rafael Videla dejó

la presidencia de facto, que fue asumida por el general Roberto Viola. Durante su gobierno, la apertura del diálogo con algunos partidos políticos, la formación de la Multipartidaria, y cierto relajamiento de los mecanismos de censura fueron percibidas como marcas de un inicio transicional. El desplazamiento del general Viola y la asunción del general Leopoldo Fortunato Galtieri a fines de 1981 pusieron coto a esos planteos. En abril de 1982, el presidente de facto declaró la guerra a Inglaterra por las disputas de soberanía sobre las islas Malvinas. El fracaso bélico aceleró el debilitamiento de la dictadura. Por transición se ha entendido el proceso que se desarrolló a partir de la finalización de la guerra de Malvinas en junio de 1982. Durante la transición, el gobierno de facto del general Reinaldo Bignone fracasó en su intento por una salida negociada con los partidos políticos (aunque igualmente se produjo su regularización), los organismos de Derechos Humanos continuaron en la difícil tarea de denunciar la desaparición forzada de personas. El gobierno saliente declaró muertos a los desaparecidos, y dictó una autoamnistía que, luego, fue derogada por el Congreso Nacional, no sin desacuerdos, al producirse el retorno al orden constitucional. Tras las elecciones de octubre de 1983, Raúl Alfonsín llegó al gobierno con más del 50% del acompañamiento del electorado y su partido, la Unión Cívica Radical, que obtuvo mayoría en ambas cámaras del Congreso. Durante los primeros años del gobierno, el Ejecutivo afirmó la teoría de los dos demonios, aunque igualmente promovió la creación de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP) que elaboró el informe conocido como Nunca Más. En 1985 se realizó el Juicio a las Juntas. Durante la gestión radical se desmontaron los mecanismos de censura periodística y cinematográfica, se crearon órganos estatales específicos vinculados a los derechos de las mujeres, y la vida cultural y social tuvo una apertura que no estuvo exenta de debates y tensiones. La crisis económica y social derivada de los procesos de liberalización de economía que había promovido la dictadura, junto a las tensiones entre el radicalismo y el sindicalismo de raigambre peronista, y la pérdida de acompañamiento de distintos sectores como resultados de las leyes de Punto Final² y de Obediencia debida³ que el gobierno alfonsinista promovió tras

-
- 2 La Ley de Punto Final, sancionada el 23 de diciembre de 1986 y promulgada al día siguiente, establecía la extinción de acción penal respecto de cualquier persona con presunta participación, del grado que fuera, en la represión desarrollada entre el 24 de marzo de 1976 y el 26 de septiembre de 1983, y que no estuviera declarada prófuga, en rebeldía o citada a indagatoria por los tribunales correspondientes, en el plazo de 60 días de promulgada esta ley. Fue declarada insanablemente nula en 2003.
 - 3 La Ley de Obediencia debida dictada el 4 de junio de 1987 establecía que no eran punibles los actos cometidos por miembros de las Fuerzas Armadas y de seguridad que hubieran actuado bajo órdenes emitidas por superiores. Fue declarada insanablemente nula en 2003.

levantamientos y pronunciamientos militares, aceleraron su debilitamiento hacia 1987. En ese año, en las elecciones legislativas y provinciales el radicalismo fue derrotado en las urnas, al igual que en las elecciones presidenciales de 1989.

En lo que hace a los estudios de las izquierdas, son escasos aún los trabajos que la abordan para la década de 1980 (Águila, “A propósito” 173-176). En términos de cronología, el período 1982-1985 es caracterizado como el de su recomposición política y organizativa, y de su reinserción en algunos espacios de actividad política y en movimientos sociales (Águila, “La izquierda” 294; Ermosi; Cristal y Seia; Manzano, “El psicobolche”; Ferrari; López y Bona). La segunda mitad de la década, según Gabriela Águila, supuso la desaparición de muchos de los elementos que habían caracterizado a la primera, a la vez que observa una tendencia a la derechización del país que se consolidó hacia 1989-1990 (“La izquierda” 297). Águila señala que el universo de la izquierda entre la dictadura y la transición democrática fue algo problemático, y lo integraron organizaciones provenientes de distintas ramas del marxismo, organizaciones no marxistas que se identificaban como del “campo nacional y popular”, y desgajamientos del antiguo Partido Socialista, a lo que cabe agregar los sectores de la izquierda del peronismo (“La izquierda” 284). En términos partidarios, con la reactivación política que se produjo a partir del gobierno de facto de Roberto Viola, en 1981, el Partido Intransigente (PI) al que la dictadura no le había quitado la legalidad, se integró a la Multipartidaria –junto con otros partidos mayoritarios, incluyendo al peronismo y al radicalismo–. El Frente de Izquierda Popular, el Partido Comunista (PC) y vertientes del socialismo, si bien no participaron de la Multipartidaria, mantuvieron diálogos con ésta (Suriano y Álvarez 23). El PC tampoco había perdido la legalidad durante la dictadura, aunque algunas agrupaciones vinculadas a este sí fueron ilegalizadas (Casola 49). Tras la derrota de Malvinas que aceleró la caída de la dictadura cívico-militar, y con el fin de la veda política y el Estatuto de Partidos Políticos, se crearon nuevos partidos de izquierda que derivaban de otros anteriores que habían estado ilegalizados. Dentro del trotskismo, se crearon el Movimiento al Socialismo (MAS) que apeló a las nociones de “pueblo” y “nación” (Osuna 140), y el Partido Obrero (PO) que se caracterizaba como el partido de la “clase obrera” (Águila, “La izquierda” 292). Dentro del maoísmo, se crearon el Partido de la Liberación (PL) y el Partido del Trabajo y del Pueblo (Águila, “La izquierda” 283-284). En las elecciones de 1983 y 1985 el único de los partidos identificados con la izquierda que obtuvo representación parlamentaria fue el PI: tres bancas en Cámara de Diputados y tres en el Senado en 1983; cinco bancas en Diputados en 1985, y en 1987, ninguna. En 1989 en elecciones legislativas, Izquierda Unida, una alianza entre el MAS y el Frente Amplio de Liberación obtuvo una banca en

diputados. Antes de detenerse en la izquierda partidaria, este artículo reconstruye distancias, cercanías, debates y tensiones en la cultura de izquierda durante el proceso de transición, recorriendo aquello que los actores de época se plantearon como “crisis de la izquierda”, que incluía el modelo de militancia, la discusión sobre qué temas podía, o no, integrar en sus reivindicaciones, y qué puentes se tendían entre los partidos y colectivos de la sociedad civil en un contexto de disipación de horizonte revolucionario que había caracterizado a las décadas de 1960 y 1970, y de resultados electorales poco satisfactorios.

Respecto a los estudios de género y sexualidad, este artículo se inserta en los estudios sobre estos aspectos en tiempos del fenómeno cultural, social, sexual y comercial denominado “destape”. Según Mariano Fabris el término mencionado tuvo una primera gravitación durante el gobierno de Viola (96). Valeria Manzano señala que entre julio de 1982 y la asunción de Alfonsín, la percepción en la cultura pública de que se estaba viviendo un destape, ganó pregnancia pública (“Tiempos”141). Natalia Milanesio ubica a este fenómeno entre 1981 y 1987 (“Sex and Democracy” 92; ¡Destape! Introducción). La expresión “destape” remitía al fenómeno de la España posfranquista que se produjo con el fin de la censura, cuando el cine se sexualizó, mostrando desnudos, y se dio lugar a temáticas antes ocultadas, como la de las disidencias sexuales. Claudia Feld señala que el “destape mediático” en Argentina se produjo cuando los medios comenzaron a tratar los temas que la dictadura había prohibido: lo político y lo que había sido percibido como “amoral” por las fuerzas armadas, como desnudos, sexo y “malas palabras” (291). Valeria Manzano explica que este fenómeno fue una reactualización de la cultura sexual argentina después de los años más dramáticos de la censura impuesta por la dictadura, y en función de la actualización producida entre los años sesenta y setenta, que “representó un momento de la puesta en escena del sexo en la cultura de masas que implicó, asimismo, una creciente discusión pública sobre sus relaciones con la cultura y la política”, y que permite problematizar las posibilidades y disyuntivas aperturistas del gobierno de Raúl Alfonsín (1983-1989), que a la vez que manifestó promover el fin de toda censura, mantuvo mecanismos de represión de las sexualidades no-heteronormativas, y limitó la circulación de material gráfico y del circuito de exhibición de cine tildado de pornográfico (“Tiempos” 136-137). Natalia Milanesio señala que “[...] el destape no fue solo un desarrollo del mercado o una manifestación comercializada de la cultura popular sino también un proceso individual y colectivo de descubrimiento y liberación sexual tanto como la divulgación social del sexismo, la homofobia y la injusticia sexual” (¡Destape!, Introducción). El destape incluyó la modificación de la legislación cinematográfica, un creciente número de imágenes de cuerpos de mujeres

semidesnudos en cine, televisión y prensa; entrevistas a artistas y políticos en medios de comunicación en los que se indagaba acerca de su sexualidad, notas sobre sexo en distintas publicaciones, producción local de películas de porno-soft (*Atrapadas, Ocurrió en el internado, Correccional de mujeres*) y de films sobre el amor entre hombres (*Adiós Roberto, Otra historia de amor*), aperturas y cierres de cines para films porno, conferencias y debates públicos sobre temáticas tales como aborto, violación, divorcio, masturbación, homoerotismo, lesboerotismo, represión sexual, represión de disidencias sexuales.

Durante el proceso de transición se produjo en Argentina un creciente nivel de organización y movilización de feminismos, y colectivos de disidencia sexual. En cuanto a los segundos, y como se mencionó más arriba, en la década de 1980 se produjo un proceso de visibilización de la homosexualidad y, más tardíamente, del lesbianismo. El activismo travesti-trans cobró visibilidad en la década de 1990. Una de las tensiones que atravesó a las organizaciones homosexuales y gays de los años ochenta refería a cómo pensar la lucha: mientras algunas sostenían un discurso de liberación sexual más vinculado al que había tenido el FLH en la década de 1970, otros adoptaron una línea más reformista que apuntó a la modificación de legislación que reprimía la homosexualidad y el travestismo. A fines de 1982 se formó el Grupo Federativo Gay que tuvo una línea tendiente a una continuidad con la década anterior: contraria a la mirada reformista, a las miradas esencialistas de la homosexualidad, y a la idea de cerrarse como comunidad (Insausti, “La CHA” 371). En 1983 se creó el Grupo de Acción Gay, que tuvo como referentes a figuras de movimientos contraculturales artísticos (como Jorge Gumier Maier) que no apuntaban a la idea de una “respetabilidad” gay, sino que denunciaba el modelo sexual vigente (Insausti, “La CHA” 384). Ambas organizaciones se integraron a la Comunidad Homosexual Argentina (CHA) creada en abril de 1984 tras una serie de razzias policiales a bares y lugares de socialización gays. La línea reformista que adoptó la CHA hizo que quienes se posicionaban en la línea divergente terminaran apartándose de ella hacia 1985. La CHA intentó establecer canales de diálogo con figuras de todos los partidos políticos, y lo consiguió con el MAS, con sectores del radicalismo, y con una de las agrupaciones que estaban al interior del Partido Demócrata Cristiano. El vínculo con el Estado fue dificultoso, recién en 1992 le fue reconocida la personería jurídica.

En lo que respecta a organizaciones lésbicas, la CHA tuvo una rama de mujeres que se definían como homosexuales, aunque con escaso número de participantes. Algunas publicaciones feministas como la revista *Alfonsina* comenzaron a darle visibilidad al lesbianismo desde 1983. Algunos grupos de lesbianas comenzaron a funcionar al interior de organizaciones feministas. Dentro

de la Asociación de Trabajo y Estudios sobre la Mujer 25 de Noviembre (ATEM), creada en 1982, desde 1986 funcionó el Taller de Existencia Lesbiana que, a partir de 1987 publicó *Cuadernos de Existencia Lesbiana*. En Lugar de Mujer, organización fundada en 1983, desde 1986 funcionó el Grupo de Reflexión de Lesbianas que, luego conformó el Grupo Autogestivo de Lesbianas que se continuó reuniendo hasta 1989/90. Desde 1988 comenzó a haber talleres específicos sobre el tema en el Encuentro Nacional de Mujeres (Tarducci 116-118).

En Argentina, desde la década de 1970 existieron distintas organizaciones que se identificaron como feministas y que se mantuvieron apartadas de los partidos políticos. Mientras tanto, como se mencionó anteriormente, dentro de algunos partidos, existieron grupos de mujeres que no se identificaron como feministas, y otros que sí lo hicieron y terminaron abandonando los espacios partidarios. Algunos de los grupos feministas se disolvieron durante la dictadura. En el proceso de transición se produjo un resurgimiento de organizaciones. Desde 1983, algunas de las referentes feministas de los años 70, como Leonor Calvera, comenzaron a publicar *Prensa de Mujeres*. Entre 1982 y 1983, en la Ciudad de Buenos Aires, se crearon ATEM y Lugar de Mujer. La primera buscaba combatir las diversas formas de violencia contra las mujeres, sus integrantes en muchos casos habían tenido militancia previa en la izquierda y vínculos con personas que habían sido desaparecidas por la dictadura, y rápidamente decidió adherir y acompañar a Madres de Plaza de Mayo, y construyó sólidos vínculos con organismos de Derechos Humanos en la lucha contra la dictadura y en el reclamo de castigo a los culpables de las desapariciones. Lugar de Mujer tuvo como miembros a algunas integrantes de organizaciones feministas de la década de 1970, como la directora de cine María Luisa Bemberg, y fue un espacio de reunión, estudio, reflexión, conferencias y talleres. Esta organización también mantuvo vínculos con organismos de Derechos Humanos como Madres de Plaza de Mayo. Lugar de Mujer dispuso de servicios de asesoramiento jurídico, psicológico y sexológico para mujeres, y fue especializando su orientación en el abordaje de la violencia contra ellas (Tarducci 95-110). ATEM y Lugar de Mujer trabajaron en forma mancomunada en distintas campañas, y algunas de sus integrantes transitaban por ambas. Otras crearon nuevas organizaciones como Alternativa Feminista, que existió entre 1984 y 1986, y Mujeres en Movimiento. Algunas organizaciones, como el Taller Permanente de la Mujer, creado en 1986, actuaron no solamente en Buenos Aires, sino también en provincias como Jujuy (Tarducci 110-115). En diciembre de 1983, distintas organizaciones feministas, partidos políticos de diversas ideologías, y organismos de Derechos Humanos crearon la Multisectorial de la Mujer que reclamó por la ratificación de la Convención sobre la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación

contra la Mujer, la igualdad de los hijos ante la ley, la modificación del régimen de Patria Potestad, y la creación de organismos, legislación y garantías sobre la igualdad salarial, las condiciones de trabajo, la protección de las mujeres y la creación de guarderías infantiles. Durante la década de 1980 las campañas más fuertes organizadas desde colectivos feministas fueron la de Patria Potestad, la de divorcio, la de aborto, la de denuncia de las violencias contra las mujeres. Además de participar en encuentros internacionales de mujeres, organizaciones como ATEM y Lugar de Mujer promovieron los Encuentros Nacionales de Mujeres que se comenzaron a desarrollar en 1986 (Tarducci).

Este artículo analiza críticas, revisiones y experiencias que figuras de la cultura de la izquierda y algunos militantes de partidos plantearon respecto a cómo se procesaban las cuestiones vinculadas a las relaciones sexo-genéricas, sexo-genitales, y sexo-afectivas en ese universo de las izquierdas, cosa que hasta el momento no ha sido indagada específicamente.

Para reconstruir esta revisión se trabajó con una serie de revistas político-culturales que pueden caratularse como parte de la cultura de izquierda. Por cultura política Jean-François Sirinelli define “el conjunto de las representaciones que unifican a un grupo humano en el plano político”: su visión compartida del mundo, la lectura común del pasado, una proyección hacia el futuro vivido en conjunto, la aspiración de determinado régimen de gobierno y de organización socio-económica, y también un “conjunto de normas, creencias y valores compartidos” (78). La cultura de izquierda entonces integra a un espectro amplio de individuos directamente vinculados a los partidos, y de intelectuales, periodistas, artistas y personas en general que compartían esa identificación política más allá de lo partidario.

De la cultura de izquierda argentina de la década del `80, el artículo se centra en las publicaciones *El Porteño*, *Praxis*, *El Periodista de Buenos Aires*, *Crisis 2ª Época*, *Crisis 3ª Época* y *Fin de Siglo*. Este corpus comparte una serie de elementos que van desde temas trabajados por estas publicaciones, escritores y periodistas que integraron sus staffs, y bajadas de revistas extranjeras que se hicieron en sus páginas. Tal como señala Valeria Manzano, en estos emprendimientos editoriales se combinaron periodistas jóvenes y adultos, intelectuales y escritores, algunos de los cuales habían participado de organizaciones de izquierda o peronistas en la década del `70, y otros que formaban parte de la escena contracultural y del feminismo (“Los hijos” 10). Este corpus reúne un conjunto de revistas que, con distintos grados de circulación y tirada, y con cierta heterogeneidad, eran leídas por un público que se identificaba de izquierda, y que era predominantemente urbano y con acceso a educación universitaria, tal como indicaba un estudio sobre perfiles culturales y políticos de estudiantes de la Universidad de Buenos

Aires de 1985 (Manzano, “El psicobolche” 251). Se excluyó el abordaje de prensa partidaria dado que se pretendió privilegiar lo común de la cultura de izquierda, en lugar de focalizar en la experiencia de cada partido. Si bien no se trabaja aquí con la recepción de esas revistas, se entiende que fueron materiales fundamentales para dar cuenta de los debates, posicionamientos y diálogos que se producían entre figuras y sectores que se identificaban de izquierda.

El artículo se organiza en tres partes: la primera refiere a la cultura de la izquierda en la transición y centra la atención en sus publicaciones. La segunda reconstruye los replanteos generales de la izquierda sobre sí misma y de las militancias; la tercera refiere particularmente a la revisión sobre las cuestiones de sexualidad y género en relación a la militancia.

2. REVISTAS PARA UNA NUEVA CULTURA DE IZQUIERDA EN LA DÉCADA DE 1980

Para acercarse a las voces de la cultura de izquierda de los años ochenta, este artículo se basa en publicaciones en las que se reflexionó acerca de cómo esta se pensaba a sí misma en la Argentina transicional. A continuación se realiza una presentación, siguiendo un orden cronológico de aparición, de esas revistas que configuraron y dieron forma a esa cultura de izquierda, y en las que convivieron figuras vinculadas a ese universo problemático, en términos de Águila (“La izquierda” 284).

La revista *El Porteño* salió a las calles mensualmente en enero de 1982, fundada por Gabriel Levinas, Miguel Briante y Jorge Di Paola. Fue definida como una revista cultural, en su primer número vendió 5.000 ejemplares de los 8.000 editados. Con un estilo transgresor que aumentó con el paso de los números, la revista abordó el tema de los derechos humanos en el propio proceso de decadencia de la dictadura; en 1982, una bomba estalló en su redacción (Ulanovsky 127-130). Las temáticas que abordaba eran diversas: juventud, violencia institucional, sexualidades, vanguardias y movimientos culturales, situación de pueblos indígenas, articulaciones entre cultura y política. En noviembre de 1985, Levinas retiró el financiamiento de la revista, y se formó una cooperativa de periodistas que continuó con la publicación hasta 1992. Desde 1983, *El Porteño* tuvo en algunos de sus números, un suplemento marginal, *Cerdos & Peces*, que fue dirigido por Enrique Symns, escritor y personaje multifacético del mundo cultural (y no exento de rasgos polémicos cuando trataba livianamente temas vinculados a la pedofilia), y en determinados años se independizó como revista.

La revista *Praxis. Estudios, Debates y Documentos* comenzó a publicarse en la primavera de 1983, tenía el objetivo de salir de forma trimestral pero solo

publicó cinco números entre su aparición y 1986. Su editor y director fue Emilio Caffasi; si bien Horacio Tarcus la dirigía en los hechos, y en el consejo de redacción estaban Laura Rossi (seudónimo de Laura Klein, que participó de organizaciones feministas como ATEM, Alternativa Feminista y Mujeres en Movimiento) y Gabriel Rot, entre los colaboradores estaban Carlos Brocato y Gerardo Yomal (este último publicó notas también en *El Porteño* y en su suplemento marginal *Cerdos & Peces*). Según Roxana Patiño, *Praxis* era una revista del pensamiento marxista, que se presentaba como un órgano independiente destinado a la lucha ideológica, con el objetivo de formar un bloque intelectual revolucionario, que conservaba los modos de análisis y retórica del marxismo, a la vez que proponía una revisión crítica desde el propio marxismo (24). Quienes trabajaron en esta revista pertenecieron al Grupo *Praxis*, de orientación trotskista (Tarducci 113). Dejó de publicarse en 1986.

El Periodista de Buenos Aires fue una publicación semanal de Ediciones La Urraca (editorial de Humor Registrado) que salió a las calles en septiembre de 1984. Fue el resultado de un proyecto del que participaron Osvaldo Soriano –quien habría armado el staff pero se retiró antes de la salida (Igal 169)–, Andrés Cascioli en la dirección, Carlos Gabetta como jefe de redacción, y Carlos Alfieri como secretario de redacción. Según Carlos Ulanovsky, sus creadores querían hacer una publicación identificada con la izquierda, y que se jugara por la defensa de la democracia, progresista, profesional y no sectaria (169-170). Gabetta y Alfieri habían retornado del exilio, como otros periodistas que se incorporaron a la revista. El staff incluía a figuras como David Viñas, Osvaldo Bayer, Beatriz Sarlo, Ricardo Piglia, a lo que se sumaban servicios informativos europeos de *Le Monde Diplomatique*, *La Repubblica* y *El País*. En los primeros números vendió entre 80.000 y 100.000 ejemplares semanales (Igal 172). En 1987, debido a dificultades económicas por falta de anunciantes y la separación de uno de los socios, un empresario español compró una parte de la revista y Gabetta pasó a ser su director. Dejó de publicarse con ese nombre en 1988, y se llamó *El Periodista* hasta sus últimos números de 1989.

La revista *Crisis 2ª Época* comenzó a publicarse mensualmente en abril de 1986, tras 10 años de que se desmontara el proyecto editorial que había comenzado en 1973 bajo la dirección de Eduardo Galeano. La dirección de la 2ª época estuvo a cargo de Vicente Zito Lema; mientras que Osvaldo Soriano y Eduardo Galeano fueron los asesores editoriales. La revista tuvo, según Adriana Bocchino, un perfil más social y político que el antropológico, literario y artístico de la década de 1970 (81 y 84). Tras la muerte de Federico Vogelius, su editor, en 1987 los herederos decidieron alejarse del proyecto editorial por diferencias en la línea editorial en lo que hizo a la Ley de Punto Final. Vicente Zito Lema y

la mayoría de los escritores de la revista migraron a un nuevo proyecto, *Fin de Siglo*, y *Crisis* inició su 3ª Época. Entre otras figuras, escribió en *Crisis* 2ª Época la psicóloga Eva Giberti, quien también lo hacía para *El Periodista de Buenos Aires*.

Fin de Siglo comenzó a publicarse mensualmente en julio de 1987; tuvo como director periodístico a Vicente Zito Lema, como director editorial a Eduardo Luis Duhalde, y entre otras figuras escribieron allí Néstor Perlongher, Enrique Symns y Jorge Gumier Maier, que habían elaborado para *El Porteño* muchas de las notas sobre sexualidad y represión sexual (los dos últimos también habían escrito en *Crisis* 2ª Época). También escribió en esta nueva revista María Moreno, que había trabajado junto a Gumier Maier en *Alfonsina. Primer Periódico para mujeres*, que se editó entre diciembre de 1983 y junio de 1984. También escribió en *Fin de Siglo* Laura Rossi, que había participado del consejo editorial de *Praxis*. Claudia Román afirma que en *Fin de Siglo* circularon muchas voces partidarias de crear un frente de izquierda (101).

Los herederos de Vogelius vendieron *Crisis* a un empresario vinculado a la editorial Puntosur. El director de *Crisis* 3ª Época fue el nuevo dueño, José Luis Díaz Colodrero. Como director editorial estaba Eduardo Jozami y Carlos María Domínguez como director periodístico (Bocchino 86). Entre quienes escribían en esta nueva etapa estaban Lila Pastoriza y Vicente Muleiro, que habían escrito para *El Periodista de Buenos Aires*. Se publicó mensualmente hasta 1990.

Estas publicaciones tuvieron una serie de elementos comunes. Todas adherían al universo de las izquierdas: algunas específicamente se identificaban con el marxismo (*Praxis*), mientras que otra reunían una pluralidad de voces cercanas al marxismo, al peronismo de izquierda, al campo “nacional-popular”, a los feminismos y a las disidencias sexuales. En estas publicaciones convivieron periodistas y escritores de distintas generaciones y trayectorias. Los y las que habían transitado su última juventud y adultez durante los años setenta, habían militado en organizaciones de izquierda, como Carlos Alberto Brocato, que había pertenecido hasta su expulsión en la década de 1960 al PC, y en los años setenta se acercó al PST de Nahuel Moreno; o Néstor Perlongher, que había pertenecido a Política Obrera y, tras su alejamiento, fue uno de los fundadores del FLH. Otros habían sido abogados defensores de presos políticos, como Eduardo Luis Duhalde. Muchos de ellos y ellas había emigrado (o se habían exiliado) desde 1974 a países europeos, como Duhalde, Gabetta, Zito Lema. De la generación más joven, algunas de las figuras adherían a los feminismos, como María Moreno, y a organizaciones gays creadas en la transición, como Jorge Gumier Maier. Algunas de estas publicaciones se orientaron a un público más juvenil, como es el caso de *El Porteño*, mientras que otras se mostraban

herederas de lectorados de izquierda de los años setenta, como es el caso de *Crisis 2ª Época*. En el caso de *El Periodista de Buenos Aires*, formó parte de un intento editorial de la Urraca por afianzar un lectorado de izquierda, en el marco de una ampliación de la propia empresa editorial. Todas estas publicaciones expresaron y dieron forma a la cultura de izquierda de la década de 1980, con sus elementos de coexistencia y tensiones entre quienes provenían de distintas trayectorias y tendencias políticas de origen.

3. ¿QUÉ ES SER DE IZQUIERDA? UNA IDENTIDAD POLÍTICA EN TRANSICIÓN

Durante la década de 1980, una de las preguntas que circuló en las publicaciones de la cultura de izquierda era “qué es ser de izquierda”, es decir que existía una interrogación que suponía pensarse a sí misma. En este apartado se recorren las definiciones que fueron esbozándose en torno a esta pregunta y que supusieron una serie de giros y modificaciones en el transcurso que va de 1983 a 1989. Los interrogantes y tensiones surgían, en parte, como resultado de una sensación de crisis para quienes integraban ese universo complejo. Esa idea de crisis entrecruzaba elementos tales como los modelos de militancia de la década anterior y de la presente, la disipación del horizonte revolucionario que caracterizó a los años sesenta y setenta, la reflexión sobre el accionar de las organizaciones político-armadas en la década de 1970, la redefinición de una agenda de las izquierdas en la transición que supusiera, o no, un modo de renovación en un marco de resultados electorales escasos.

Uno de los tópicos supuso, en verdad, una reactualización de las preocupaciones sobre las relaciones entre intelectualidad e izquierda.⁴ A poco de realizarse las elecciones de 1983, la revista *Praxis*, en su primer número planteaba la necesidad de realizar un balance crítico de la intelectualidad argentina, en particular de “la radicalización de los años ’60, de su incorporación al bloque peronista en los años ’70, la actitud de los intelectuales ante el golpe, el debate en torno al exilio y [...] el de la formación de un bloque intelectual revolucionario” (*Praxis* 51). Carlos Brocato problematizaba el discurso antiintelectual que desde sectores de la izquierda se había promovido a comienzos de la década del setenta (“El intelectual” 55-56), mientras Laura Rossi realizaba un recorrido histórico

4 Sobre la relación entre intelectualidad e izquierda en Argentina entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y los primeros años sesenta, ver Petra. Sobre la misma relación en los años 60, ver Terán. Sobre Milcíades Peña y Silvio Frondizi, ver Tarcus, *El marxismo*.

de la intelectualidad argentina para indagar particularmente la relación entre esta y la dictadura, y señalar que algunas figuras que habían tenido inserción en el bloque revolucionario de los años sesenta y setenta, habían sido colaboracionistas con el gobierno de facto iniciado en 1976 (115). Si bien las columnas centraban su atención en los intelectuales, mostraban las tensiones a la hora de definir qué era la izquierda en la transición.

Otro de los tópicos de las reflexiones giró en torno a quiénes la integraban en la transición. En una editorial de 1984, *Praxis* hacía un análisis sobre los alcances y límites de la democracia en Argentina. Al plantear, en particular, qué partidos y organizaciones políticas integraban la izquierda, *Praxis* distinguía tres sectores: el nacional y popular, dentro del que incluía al PI, la izquierda del peronismo, el Peronismo de Base, Montoneros, Intransigencia y Movilización Peronista; la izquierda tradicional, en la que incluía a las corrientes socialistas como Mesa de Unidad Socialista, el Movimiento Radical-Socialista, y el PC. En tercer lugar, mencionaba a la izquierda clasista, en la que incluía al PO y al MAS (“Editorial” 26-31). Su conclusión respecto a los tres sectores era bastante crítica, “Así como los partidos “nacionales y populares” y “tradicionales” se esfuerzan en no sacar los pies del plato –alfonsinista–, los partidos “clasistas” en su afán de no caer en ese plato, se esfuerzan tanto por lograrlo que quedan a punto de caerse de la mesa misma de la lucha de clases” (“Editorial” 31).

Un tercer tópico sobre el que se reflexionó en las publicaciones fue el balance de estado de situación de la izquierda en tiempos del gobierno constitucional y sus proyecciones a futuro. La visión de la revista *Praxis* respecto de la izquierda, a la que integraba, fue bastante pesimista. Para el verano de 1986, la coyuntura fue presentada directamente como crítica y señalaban como rasgos salientes de esta crisis la ausencia de una ligazón orgánica con las masas, de un programa de transición para el país y de una tradición y una identidad nacional y latinoamericana, la miseria estratégica, la pobreza teórica y el burocratismo (Rossi y Tarcus 10-12). En este sentido, y como plantea Valeria Manzano, las discusiones sobre la “crisis de la izquierda” en Argentina fueron previas a los episodios europeos y nicaragüenses de 1989-1990 (“El psicobolche” 272). Todo el número de 1986 de *Praxis* estuvo dedicado a analizar distintos aspectos de la crisis de la izquierda, pero hizo particular énfasis en lo referido a la tensión entre militancia, vida cotidiana, sexualidad, géneros y disidencias sexuales, cuestiones que se trabajarán más adelante.

El balance negativo y la percepción de una crisis de la izquierda no solo fueron recurrentes en la voz de autores y escritores de las revistas de la cultura de izquierda, sino también entre militantes. En una entrevista a una estudiante

de Historia de 22 años que realizó la revista *Crisis 2ª Época* en mayo de 1986, la entrevistada decía:

yo me considero una militante de izquierda, aunque no soy de un partido en particular. Soy militante del FREPU, pero no soy del MAS ni del PC. Yo, en realidad, me acerqué a un comité por primera vez después de que se hizo el frente. [...] porque yo era de las que siempre hinchaban con que la única solución para la izquierda era la unidad, y una vez que se unieron, algo había que hacer. Yo, en la época de los milicos, estuve un tiempo fuera del país, en Italia, nos fuimos con toda mi familia. Imaginate: cuando volví no entendí nada... Cuando empecé a caer del cielo me prendí con los organismos de derechos humanos: iba a todas las marchas, los actos... qué sé yo. Más porque, como te digo, yo a los partidos no les creía nada. Por un lado estaba la cosa escéptica de mis viejos que venía... como muy desilusionados del '73 muy gastados. Pero además en Europa yo tenía amigos ecologistas, radicales (de los radicales de allá que son tipo anarcos, nada que ver con los de acá), toda otra onda. Y cuando caí acá y veía a todos los partidos, no lo podía creer: seguían hablando como si no hubiera pasado nada... eran viejos, estaban en la estratósfera, seguían hablando de cosas que ya habían pasado de moda en todo el mundo[...] No [se modernizaron] del todo. Pero por lo menos con el frente se abre una nueva perspectiva, una nueva discusión. Porque el tema es ese ¿no?, poder apostar a los frentes. (“La juventud” 19)

El Frente del Pueblo (FREPU), al que hacía alusión la entrevistada, fue una coalición del PC, el MAS, el PL, y agrupaciones peronistas y democristianas que se creó 1985 (el PI fue convocado a sumarse, pero no lo hizo). Se pronunciaron a favor de una revolución democrática y antiimperialista, de una democracia popular, y proponían la realización de una reforma agraria, la nacionalización de la banca y el comercio exterior, el incremento del presupuesto educativo y la sanción de una ley universitaria, la defensa de los Derechos Humanos con juicio y castigo a los responsables del terrorismo de Estado y la liberación de la opresión imperialista (Ferrari 13-14; López y Bona). En las elecciones legislativas de 1985 el FREPU no obtuvo ninguna banca. Volviendo a la entrevista a esta joven, lo interesante es que marca una mirada generacional (“eran viejos”) bastante crítica de los partidos políticos en general, respecto a que actuaban como “si no hubiera pasado nada” en relación a lo ocurrido en los años de la dictadura. Particularmente, en lo referido a la izquierda, no solo quedaban englobados

en la idea de que “eran viejos”, sino que señalaba que estaban desactualizados respecto a otras tendencias circulantes en la época (“ecologistas”), que aparecían en el espectro de intereses de una joven que se identificaba de izquierda, y que había tenido un acercamiento a otras agendas de esa orientación en su residencia en Italia. Por otro lado, la mención acerca de que al retornar a la Argentina se sumó a los reclamos de los organismos de Derechos Humanos, marca la fuerte relación entre la cultura de izquierda y estos.

La crisis era presentada también como una especie de hiato entre lo que los partidos de izquierda reivindicaban, y lo que sectores que adherían a esta esperaban de esas organizaciones. En una nota de 1987, Gabriela Brogna planteaba que la ausencia de esos partidos en manifestaciones contra las armas nucleares y contra la visita del Papa realizadas en ese año, junto con el no acompañamiento de los reclamos por la derogación de los edictos policiales y los de los vecinos de El Bolsón, “hippies, mapuches y ecologistas”, contra una represa que inundaría sus tierras realizados en 1986, evidenciaba el desinterés sobre estas cuestiones.

[...] la izquierda argentina se desgasta en debates inconducentes en vez de construir un espacio comunicacional único y exclusivo: el de la expresión de la vida cotidiana de los ciudadanos de aquí o de un pueblito perdido en la montaña. Elige, a título de ejemplo, solidarizarse con la libertad de la empresa periodística de La Nación, en vez de instalar una radio pirata al margen de una ley dictatorial. (Brogna 52)

Los ejemplos mencionados hasta aquí permiten observar que la idea de crisis de la izquierda incluía no solamente la percepción hacia adentro de la caducidad de perspectivas y agendas, sino también una interrogación acerca de si incorporar cuestiones que, desde distintos colectivos de la sociedad civil, aparecían como temas de interés (libertades civiles, problemas ambientales). Estos actores, a la vez, esperaban un acompañamiento de los partidos de izquierda con los que se identificaban.

En noviembre de 1988, en un contexto de crisis social, económica y política, y previo a las elecciones presidenciales y legislativas de 1989, un autor de la revista *Fin de Siglo*, intentaba definir a la izquierda argentina en ese momento.

La izquierda, en este país postdictatorial y premoderno, es más una virtualidad que un cuerpo real. [...] La componen rebeldes,

francotiradores y nostálgicos, todos los poetas, jóvenes que aún esperan el momento del asalto al cielo, transgresores y moderados, obreros y analistas de sistemas, algunos votantes radicales, muchos peronistas e intransigentes, comunistas y trotsquistas [sic], maestros y estudiantes, intelectuales y pequeños burgueses con pretensiones de trascendencia, gente crítica, disconforme, que pelea como puede por sí, por todos, por los que estamos y por los que no están, o se retraen a sus asuntos privados porque creen que no hay otra por ahora. [...] Vista de este modo, la izquierda es una corriente de opinión (tenta decir que es un pensamiento que no se vota), que se opuso al punto final, a la obediencia debida y a la libertad de los genocidas [...] a los asesinatos de José C. Paz, Grand Bourg, Solano, Bunge y a las exaltaciones modernistas y privatizadoras [...] al plan de crisis del gobierno con sus costos sociales devastadores, a las negociaciones con el Fondo y con las derechas, a las morisquetas de Aldo Rico [...], y que, en general, piensa que el funcionamiento de la democracia institucional sin justicia social y con el pueblo desmovilizado nos deja a merced de la banca internacional, la UIA, la Sociedad Rural, las Fuerzas Armadas y las cúpulas eclesiásticas. (Castro 44)

El texto reflejaba varias cuestiones: por un lado, un balance negativo en términos político-partidario-electorales de la izquierda; la performance electoral de los distintos partidos del universo de la izquierda había sido decepcionante en las tres elecciones legislativas y en las dos elecciones ejecutivas ocurridas hasta el momento. Por otro lado, el texto mostraba el reconocimiento de una identidad político-cultural amplia y con límites difusos, pero con posicionamientos claros respecto a la violación de los derechos humanos en la dictadura, la necesidad de juicio y castigo a los culpables de los delitos del terrorismo de Estado, la condena de los casos de gatillo fácil y violencia institucional (los asesinatos de José C. Paz, Grand Bourg, Solano y Bunge fueron casos perpetrados por fuerzas policiales), el pronunciamiento contra los levantamientos militares (en relación a la sublevación militar carapintada liderada por Aldo Rico en 1988), y la crítica de una serie de medidas económicas que aceleraban la liberalización de la economía, la privatización de las empresas estatales y el incremento de la pobreza. También reflejaba los límites que la transición había implicado, dada la existencia de prácticas de violencia institucional, una situación económica compleja con un alto costo social, una democracia jaqueada por intentonas golpistas y presionada por intereses económicos internacionales y nacionales, a la vez que por instituciones religiosas.

En este recorrido se puede observar entonces que, desde el momento mismo del retorno a la democracia, sectores de la izquierda estaban planteando la necesidad de una revisión hacia adentro que permitiera establecer nuevos posicionamientos ante la nueva coyuntura que implicaba el retorno a la democracia representativa. Esa revisión requería mirar al pasado para pensar las tensiones que se habían jugado en las décadas anteriores al momento de estructurarse relaciones entre intelectuales y organizaciones políticas (y político-armadas, en particular), a la vez que suponía plantear quiénes integraban esa cultura de izquierda en ese nuevo presente, lo que no se visualizaba solamente en términos partidarios, sino también en posicionamientos respecto a cuestiones vinculadas a libertades civiles, temáticas ambientales y de la agenda pública. Para mediados de la década de 1980, la percepción de una situación de crisis de la izquierda se va a profundizar entre quienes circulan entre las páginas de las revistas que integraban la cultura de izquierda de la transición. A continuación se trabajará la revisión que estas publicaciones plantearon respecto a cuestiones vinculadas a militancia, sexualidad, géneros y disidencias sexuales.

4. “NOS NEGAMOS A DULCIFICAR EL CONFLICTO”.⁵ REVISIONES SOBRE MILITANCIA, SEXUALIDAD, GÉNEROS Y DISIDENCIAS SEXUALES EN LA CULTURA DE IZQUIERDA DE LA TRANSICIÓN

Como señala Marina Franco, el año 1981 es recordado como aquel en el que se produjo cierto renacer político y cultural, lo que incluyó la formación de la Multipartidaria, una creciente movilización de organizaciones sindicales, y la realización de eventos artísticos como Teatro Abierto⁶ (90-91). Esa apertura fue acompañada del fenómeno denominado “destape” que, como se mencionó antes, promovió una discusión pública sobre cuestiones de género y sexualidades, a la vez que se producía un creciente proceso de organización

5 Este fue el título de un artículo de Eva Giberti en el que problematizaba la relación entre el feminismo y la izquierda (36-37).

6 Teatro Abierto fue un movimiento teatral que convocó a 21 dramaturgos, actores y directores a montar una serie de obras escritas especialmente para el evento que se iniciaría en junio de 1981. Las obras presentadas durante la primera semana en un teatro porteño tuvieron buena convocatoria. Tras esa semana de exhibición, el teatro en el que se realizaba fue incendiado por grupos vinculados al gobierno de facto. Ante este hecho, muchos dueños de salas decidieron prestar sus teatros para que pudieran montarse las obras restantes. Dado que el precio de las entradas era accesible, distintos pintores mostraron su solidaridad donando cuadros que se destinaron a juntar fondos para financiar las pérdidas económicas de los montajes. Este movimiento continuó actuando entre 1981 y 1985.

y movilización de colectivos feministas, homosexuales, gays y lésbicos. Esa discusión tuvo también su impacto en las izquierdas, que participaron de ella y tuvieron, en función de eso, sus propias declinaciones políticas y culturales. En las publicaciones trabajadas, dirigentes y militantes de izquierda fueron reporteados, y se les pidió que emitieran sus opiniones sobre los fenómenos vinculados a las transformaciones en materia sexual.

Una serie de tópicos vinculados a la sexualidad, el género y las disidencias sexuales aparecieron recurrentemente entre 1983 y 1989 en las publicaciones trabajadas, y permiten pensar en una agenda relativa a la vida cotidiana que, desde estos sectores de la cultura de izquierda, se intentaba promover: represión sexual en términos generales, y de disidencias sexuales en particular; sexualidad; aborto; desigualdades sufridas por las mujeres (menores remuneraciones laborales, violencia simbólica en publicidad y contenidos televisivos, violencia física y sexual, escasa representación en la dirección de partidos políticos, organizaciones gremiales y sindicales); feminismos, movimientos de mujeres, eventos que organizaban y referentes; vida cotidiana y sexualidad de mujeres presas (y en particular, de las presas políticas). De la revisión total de *Praxis*, *Crisis 2ª Época*, *Fin de Siglo* y *Crisis 3ª Época*, y de la revisión parcial de números de *El Porteño* y de *El Periodista de Buenos Aires*, se seleccionaron más de 100 notas. En lo que hace a la revista *El Porteño* y su suplemento marginal *Cerdos & Peces*, entre noviembre de 1983 y 1988, de 23 notas en las que se trabajaban estas temáticas (algunas con coautorías), 10 autorías eran de mujeres, y 15 de varones. En lo que hace a *Praxis*, entre 1983 y 1986, de 7 notas seleccionadas (algunas con coautorías), se encontró 1 autoría de una mujer, y 8 de varones. En *El Periodista de Buenos Aires*, entre 1984 y 1988, de 33 notas totales (algunas con coautorías), se encuentran 7 de autoría de varones, y 29 de mujeres. En *Crisis 2ª Época*, entre 1986 y 1987, de 18 notas totales (algunas con coautorías), 14 autorías son de mujeres y 6 de varones. En *Fin de Siglo*, entre 1987 y 1988, sobre 18 notas totales (algunas con coautorías), había 8 autorías masculinas, y 19 autorías de mujeres. En *Crisis 3ª Época*, entre 1987 y 1989, de 19 notas totales (algunas con coautorías), 19 eran de mujeres y 3 de varones. La predominancia de voces masculinas en algunas publicaciones podría interpretarse como reflejo de una de las cuestiones que el feminismo denunciaba, y era la de los espacios reconocidos/otorgados a los varones en desmedro de las mujeres. La proporción de notas escritas por mujeres fue incrementándose con el paso de los años, lo cual permite pensar que dentro de esta cultura de izquierda ellas fueron accediendo a espacios en parte como resultado de los debates que se promovieron dentro de esta. Sin embargo, también se puede observar que las temáticas vinculadas a género y sexualidad quedaron como temas sobre los que “escribían las mujeres”.

Del corpus de fuentes mencionado, se seleccionaron, en particular, una serie de notas que se centraron en las cuestiones de género, sexualidad y disidencias sexuales en diálogo con el tema de la militancia.

Tras las elecciones presidenciales de octubre de 1983, y a un mes de la asunción de Alfonsín, en *El Porteño*, Laura Haimovici, Alberto Silva y Enrique Symns publicaron un informe sobre la sexualidad en democracia, en el que entrevistaban a figuras diversas del campo de la psicología, la literatura, el cine, la sexología, la dramaturgia, la actuación, la religión y la política. La idea de que el retorno a la democracia implicaría nuevas dinámicas en lo referido a la sexualidad mostraba una de las expectativas que los sectores de la juventud de la cultura de izquierda tenían respecto a la nueva etapa. Los referentes políticos entrevistados provenían del campo de la democracia cristiana y del trotskismo. Néstor Vicente, candidato a concejal para la Capital Federal por la democracia cristiana, afirmaba que el derecho a la vida incluía el derecho a la libertad sexual, se pronunciaba partidario de la educación sexual en las escuelas, cuestionaba la represión de la homosexualidad afirmando que no se podía perseguir un acto privado, y señalaba como positivo al “destape” sosteniendo que la censura era perjudicial. Vicente afirmaba que el catolicismo había congelado las formas cristianas y señalaba como obsesiva su oposición al divorcio (“Néstor Vicente” 13). El otro referente político entrevistado era Luis Zamora, candidato a presidente por el MAS, y que se refería a la represión sexual como una de las facetas de la opresión de una sociedad injusta. Zamora manifestaba que los prejuicios, la subordinación de las mujeres (a las que señalaba como doblemente explotadas como trabajadoras y como mujeres), y la marginación de los homosexuales, eran formas de represión que, si bien se habían intensificado durante la dictadura, eran preexistentes. Señalaba que el MAS se pronunciaba a favor de la planificación familiar mediante servicios gratuitos de distribución de anticonceptivos y abortos en hospitales y obras sociales, y a favor del divorcio (“Luis Zamora” 14).⁷ Cabe destacar que la democracia cristiana mantuvo una línea coherente respecto a su crítica a la represión de la homosexualidad: el diputado Augusto Comte, acompañó en 1985 el pedido de la CHA para que la “definición sexual” (en función de términos de la época) fuera considerada como causal de discriminación en el marco del debate del proyecto de ley contra la discriminación; lo que no fue contemplado en la ley sancionada en 1988 (López Perea 62). Y el MAS también tuvo vínculos cercanos con la CHA por la acción

7 Los servicios gratuitos de planificación familiar habían sido cerrados en 1974 por decreto del gobierno peronista de María Estela Martínez de Perón.

de militantes que participaban en ambos espacios, y por la inclusión que este partido hizo de la libertad sexual como parte de sus reclamos (Bellucci 44-55), más allá del antecedente previo de articulación entre el PST y el FLH hacia 1973.

Durante 1984, tanto *El Porteño*, como *Praxis* y *El Periodista de Buenos Aires* se pronunciaron respecto a la represión sexual contra las disidencias sexuales y a las condiciones de desigualdad sufridas por las mujeres. En su balance de alcances y límites de la democracia, *Praxis* afirmaba que en esa democracia concedida y no conquistada, la estrategia oficial del radicalismo en materia de derechos humanos y libertades civiles mostraba serias limitaciones (“Editorial” 21), señalaba como una obsesión de gobierno la persecución de la pornografía, y agregaba:

Así se entiende que el aborto sea calificado de “delito por el Código Penal argentino desde tiempos inmemoriales, de manera que éste no es un tema de debate para Argentina (!), o que el divorcio en momentos en que “estamos reclamando que el país se ocupe de los grandes temas para fortalecer la respuesta” constitucional, sea considerado “un tema que tiende más a dividir que a sumar”, o que homosexualidad sea un “tipo de práctica” (sic) definible como “una enfermedad” (j), contra la cual hay que preservarse.

La creciente represión contra el consumo de drogas, pero sobre todo contra el tipo llamada “livianas”, como la marihuana, es otro componente de esta represión a la intimidad individual. (“Editorial” 25)

Los señalamientos sobre estas limitaciones muestran en primer lugar que el “destape” estaba siendo evaluado por esta publicación de un modo bastante diferente al que la izquierda había adoptado en la década de 1970 a la hora de pensar la revolución sexual, las disidencias sexuales y una de las violencias sufridas por las mujeres (la imposición de reproducirse y maternar).

Volviendo sobre la editorial, entonces, se observa que *Praxis* estaba defendiendo la idea del fin de la represión a la homosexualidad, la legalización del aborto y del divorcio vincular, la legalización de las drogas “blandas”, y condenando las políticas de persecución de la pornografía. Si bien no se planteaba allí una revisión del pasado de las organizaciones de izquierda de la década anterior, sí marcaba una agenda de reclamos para los años ochenta. En la misma línea de denuncia de la represión a disidencias sexuales por parte del gobierno radical, se encuentra una nota publicada en *El Periodista de Buenos Aires*, que a la vez explicaba la creación de la CHA (Jockl 42-43).

La necesidad de una revisión por parte de la izquierda de su posicionamiento en lo referido a la sexualidad, las disidencias sexuales y la desigualdad de las mujeres, fueron temas recurrentes en *El Porteño*. Sobre estas cuestiones se pronunció Jorge Gumier Maier, artista plástico, activista de Grupo de Acción Gay, y escritor que, desde esta revista había conformado la Comisión Pro-Defensa de las Libertades Cotidianas con otros autores, que exigía la derogación de los edictos policiales y de la figura de averiguación de antecedentes desde 1983, y juntaban firmas desde las páginas de *El Porteño*, y del periódico feminista *Alfonsina* (López Perea 65). Gumier Maier había militado hasta 1976 en el Partido Comunista Revolucionario (PCR) cuando era estudiante universitario (Cerviño 98). Él afirmaba que la Unión Soviética había calcado el modelo nazi para perseguir a la homosexualidad, acusándola de producto del capitalismo y se refería a los llamados “campos de reeducación” en los que Cuba detenía a homosexuales. En lo que hacía a Argentina, mencionaba que cuando el FLH se había articulado con un partido de izquierda (el PST en 1974), en la puerta del cuartito en el que se reunían les ponían un cartel que decía prohibido pasar y que cuando salían de local, les pedían que lo hicieran de forma “no llamativa”; luego mencionaba que un partido de izquierda había rechazado llevar como candidato a diputado a un hombre gay porque “un comunista debía ser como la clase obrera para representarla”. Luego señalaba que un ex detenido-desaparecido había relatado a la revista *Caras y Caretas* que uno de los métodos para quebrar a los detenidos era favorecer la homosexualidad, metiendo “de prepo” a algún hombre homosexual en la celda, de modo que este ex detenido-desaparecido terminaba asociando la homosexualidad “a la delación” (“La izquierda” 77). Gumier Maier afirmaba que la izquierda nacional olvidaba a Marx cuando decía que la primera opresión de clase es la sexual, la de la mujer por el hombre y que de allí nacían las demás, y que la represión sexual era el primer eslabón de la represión social, dado que el mandato reproductor monogámico expulsaba lo homosexual, negaba el goce a la mujer y al niño, convirtiendo a la familia en el agente de la represión sexual y social, tarea que luego sería completada por la sociedad. Por esto afirmaba que aborto, divorcio y libertad sexual eran reclamos posibles e indispensables “en la lucha contra el fascismo”. “La izquierda argentina, socialdemócrata y mojigata en lo relativo a la sexualidad [...] ha demostrado su incapacidad para pensar la liberación más allá de una óptica economicista de un discurso nacionalista paranoico plagado de invasores y de traidores” (“Derechos Humanos” 80). Gumier Maier ponía en relieve la necesidad de revisión por parte de la izquierda de lo referido al tratamiento que había dado, y daba, a las cuestiones relativas a disidencias sexuales, la desigualdad de derechos de las mujeres y la libertad sexual. Revisar ese pasado habilitaba la discusión política

de ese presente en que el gobierno mantenía diques represivos en materia de sexualidad, y las organizaciones gays nacientes buscaban el fin de la represión contra las disidencias sexuales, intentando armar alianzas con el feminismo, la izquierda y los organismos de Derechos Humanos.

En esta línea, al año siguiente, continuaba *Cerdos & Peces*, suplemento marginal de *El Porteño*, que entrevistó a referentes jóvenes (de entre 21 y 36 años) de la democracia cristiana, la juventud socialista, la Federación Juvenil Comunista (FJC), el PI, y la Federación Universitaria del MAS. Todos los entrevistados eran varones y la mayoría ocupaban lugares en conducciones nacionales, mesas ejecutivas y secretarías nacionales de sus agrupaciones. Si bien la mayoría de los entrevistados coincidía en la necesidad de educación sexual en las escuelas y en condenar la represión contra las disidencias sexuales, algunas de las explicaciones que daban mostraban fuertes rasgos discriminatorios contra la homosexualidad. El integrante de la FJC afirmaba que estaba mal reprimir la homosexualidad porque esta a veces era por “cuestiones biológicas”. Los miembros del MAS decían que no debía ser reprimida “si no molestaba a los demás”. Desde el PI afirmaban la necesidad de un debate sobre el tema y, desde la juventud socialista afirmaban que no se debía reprimir la homosexualidad siempre que no estuviera hecha “con ánimos de corrupción”. Es decir que, pese a manifestarse contra la represión de la homosexualidad, los referentes sostenían un conjunto de prejuicios y estereotipos que la asociaban a la transgresión, lo abyecto, lo corrupto; en otros casos, reducían la orientación sexual a un discurso biologicista. Donde mayores discordancias se observan entre los entrevistados es en las posiciones respecto al aborto legal: mientras que el referente de la democracia cristiana solo lo aprobaba en caso de riesgo de vida para la madre, el de la juventud socialista planteaba la necesidad de que se practicara solo en casos determinados, el referente de la FJC se posicionaba a favor de la legalización, de modo semejante a los referentes del MAS; el del PI manifestaba que no tenían posición tomada. Respecto al tema de la prostitución, sobre el que también opinaron, la mayoría de ellos se pronunció afirmando la necesidad de crear condiciones socioeconómicas que hicieran que ninguna mujer tuviera que ejercerla; los referentes del MAS afirmaban que las prostitutas debían poder sindicalizarse y recibir asistencia en servicios de salud (Núñez 2-5).

Las revisiones más detalladas en lo referido a los partidos de izquierda, las organizaciones político-armadas, y las cuestiones de sexualidad aparecieron en 1986. *Praxis* dedicó un número entero a la militancia y la vida cotidiana. En una editorial escrita por Laura Rossi y Horacio Tarcus, se planteaba que la idea de desmembrar vida cotidiana y militancia era problemática. En la nota había

un intento discusivo por visibilizar a las mujeres usando la expresión “todo/a militante”. Afirmaban:

[...] la crítica radical de la práctica militante tradicional, de la escisión entre teoría y práctica, entre vida privada y vida pública, especialmente en momentos de profunda crisis de la izquierda, es tarea urgente y responsable de las fuerzas que se reclaman de movimiento revolucionario.[...] Si queremos luchar contra la represión política, pero no luchamos contra la represión sexual, nuestra práctica política está signada por la marca de la impotencia con que la miseria sexual de la sociedad burguesa azota a los seres humanos, sin discriminación de sus convicciones ideológicas. (7)

Si bien la editorial mantenía la línea crítica respecto a la represión sexual que ya se había esbozado previamente, aquí lo hacía no para cuestionar el accionar del gobierno, sino para mirar hacia adentro de la propia izquierda. Rossi y Tarcus afirmaban que la izquierda estaba en crisis, pero que a la vez no lo reconocía y solía recurrir a enemigos externos para quitarse de sí la sospecha de crisis, y que con la “teoría de las prioridades” habían quedado fuera temas tales como la opresión de la mujer y de la juventud, la miseria sexual, como también la revisión del modelo de militante (16). Luego afirmaban que el escepticismo social de los años ochenta no implicaba que no existiera una vanguardia de la sociedad civil, que si bien no se encuadraba en organizaciones de izquierda como en épocas anteriores,

[...] milita en listas antiburocráticas de su sindicato, organiza listas frentistas o independientes de “izquierda” en la universidad, anima el movimiento de derechos humanos, comienza a tomar parte en los grupos y revistas feministas, gay [...] sin esperar “bajada de línea” alguna para plantarse críticamente frente a la realidad. (18-19)

La izquierda orgánica se mantenía por fuera de estos espacios y reclamos y, para los autores, la moral revolucionaria no debía construirse mediante una cuestión teórica de valores abstractos, sino a partir de su realización y encuentro con la práctica. Las observaciones de Rossi y Tarcus dialogan con las mencionadas en el apartado anterior respecto a la falta de acompañamiento de los partidos de izquierda a demandas de la sociedad civil, pero enfatizando aquí en las cuestiones de género y de represión de disidencias sexuales.

En la misma línea de revisión acerca de cómo las organizaciones de izquierda, y particularmente las organizaciones político-armadas habían abordado cuestiones de la sexualidad, en 1986 *El Porteño* publicó un artículo de Roberto Roldán que se presentaba como descriptivo, refería a los preceptos morales en materia de sexualidad y pareja de ERP y Montoneros, y afirmaba que no distaban mucho del Colegio Militar. Explicaba que en esas organizaciones la fidelidad de la pareja era afirmada discursivamente como central y que su infracción era duramente penalizada. Comentaba que entre mayo y junio de 1973, y entre 1976 y 1977, había habido un incremento en los números de embarazos de las militantes a lo que explicaba como un “instinto de supervivencia” en períodos en que la represión arreciaba. Afirmaba que en ERP se había priorizado las cuestiones operativas a los sentimientos y que, en Montoneros, lo peor que podía ocurrir era que algún miembro de la organización o de un frente, saliera con alguien que no pertenecía a ellos ya que no le podría confiar sus secretos. Respecto a la realización de juicios en ambas organizaciones, comentaba uno realizado a una mujer que había infringido la fidelidad en Montoneros, y otros en que se expulsaba a homosexuales de las filas de ERP. Roldán afirmaba que la vida cotidiana de los guerrilleros estaba lejos de cualquier hedonismo, y que para el varón guerrillero resultaba importante que su mujer estuviera en su ámbito compatible, y preferentemente bajo su autoridad. Comentaba que en 1973, se instituyó el día montonero en que los militantes solo se dedicaban a la pareja y la familia, excepto en situaciones de emergencia, pero que esto no existía en ERP; y decía que la moral de estas organizaciones era férrea, lo que distaba de la idea que habían divulgado las Fuerzas Armadas acerca del desenfreno sexual en ellas (46-47). En su revisión, el autor pretendía mostrar un cierto rasgo de objetividad descriptiva para hacer sus observaciones críticas respecto a los preceptos morales de estas organizaciones.

Otro de los aspectos que se trabajó en las publicaciones fue el de cómo la izquierda había desoído las demandas de los movimientos feminista y homosexual. *Praxis*, por ejemplo, publicó un artículo de Denise Avenas y Alain Brossat que se había editado en *Critique communiste* en diciembre de 1976, y en la revista española *El viejo topo* en 1977, en el que los autores se planteaban una autocrítica respecto a cómo, tras el Mayo Francés de 1968 que habían favorecido la emergencia de las demandas y de la organización de colectivos feministas y gays, la izquierda había desoído a estos sectores, y planteaban que había sido necesario revisar el modelo de militante (29-30).

Otro de los aspectos que se revisaron en las publicaciones fueron los modelos de militante, señalando que los construidos hasta el momento tenían fuertes rasgos sexistas, homófobos y machistas, lo que no solo afectaba a mujeres y disidencias sexuales, sino también a los hombres heterosexuales. En un artículo

publicado en *Praxis* del sociólogo Josep Vincent Marqués, que había sido editado por *El viejo topo* en 1976, se reflexionaba sobre la identidad y las prácticas de los militantes “autodefinido como el que lucha por los demás, el militante adquiere convencimiento de su superioridad moral sobre el no militante [...] Esa vaga e implícita conciencia de superioridad moral facilita cualquier práctica autoritaria o paternalista” (45). Marqués explicaba que esa tendencia moralizante de las militancias mostraba sus rasgos más sexistas y homófobos cuando un/a militante se apartaba del partido, y su alejamiento era explicado por sus ex compañeros reduciendo al/la ex militante como “pililla intemperante o clítoris solitario” y que, mientras la homosexualidad del militante no era asumida por el grupo como “problema político personal y problema personal político”, sí sería generalizada la sospecha de que todo lo hacía ese militante que era gay era “en función de que es marica” (47). Otra nota, en el mismo número de *Praxis*, revisaba el modelo de masculinidad de los militantes. La nota se había publicado en la revista marxista mexicana *La Batalla*, y su autor, Javier Contreras, era militante del Partido Revolucionario de los Trabajadores, sección de la IV Internacional de ese país. Contreras, a partir de su propia separación de pareja, revisaba la masculinidad del militante, a la que entendía como una cárcel, y hacía un planteo respecto a la anulación de la vida cotidiana en función de la militancia, y la opresión de las mujeres por los hombres.

Los hombres estamos limitados, entre otras cosas, porque estamos enfermos de trascendencia [...] Tributarios de este espejismo de la ideología capitalista, lo asumimos cabalmente, y competimos, soslayamos la solidaridad, nos desesperamos porque nos resulta imposible cumplir con los “modelos trascendentes (53).

Géneros y disidencias sexuales aparecían entonces como dos de los temas sobre los que la izquierda europea había comenzado un proceso de autorrevisión en la década de 1970, y que en países latinoamericanos como México y Argentina resultaban significativos para pensar la propia crisis militante de los años ochenta. La revisión que se proponía desde esos tres artículos de publicaciones extranjeras refería a cuestiones vinculadas a la sexualidad no desde un discurso moral, sino desde la necesidad surgida del hartazgo de un modelo de militancia al que caracterizaban en cierto modo de agobiante. Estas cuestiones que aquí se analizan han sido trabajadas también para el caso de Chile. Brandi Townsend analiza cómo ex presos políticos del régimen pinochetista, y los terapeutas que los acompañaron posteriormente, comprendieron el problema de la tortura sexual de hombres a hombres y de mujeres a hombres, confundiendo ideas sobre

las relaciones homoeróticas consensuadas, con situaciones de violencia sexual. Interpreta estas confusiones en el marco de culturas políticas de izquierda que habían definido roles de género atados a patrones tradicionales de masculinidad y feminidad que a la vez excluían retóricamente y en sus prácticas políticas la homosexualidad masculina (162 y 181). Juan Pablo Sutherland narró los encuentros y desencuentros entre el movimiento homosexual en Chile y los partidos de izquierda desde la década de 1990 en una entrevista con Nelly Richards realizada en el año 2000, para la *Revista Crítica Cultural* (59-68). Juan Carlos Garrido y Claudio Barrientos señalan que los debates sobre la “criminalización social e institucional de la homosexualidad” (2) en Chile, así como los reclamos por ausencia de legislación antidiscriminatoria y la crisis del VIH/sida pudieron comenzar a expresarse con la transición y la democratización en la década de 1990.

Las revisiones respecto a la opresión de las mujeres y la represión de las disidencias sexuales en la izquierda argentina no en términos de alianza política, sino experienciales, también fueron realizadas en *Praxis*. En una nota, Carlos Brocato caracterizaba a la militancia de izquierda argentina (sobre todo a la juvenil) como parte a una clase media culturizada, con acceso a la universidad, y con pautas sexuales más bien permisivas (“Crisis” 61). En el texto generalizaba ciertas cuestiones como comunes a la cultura de izquierda mundial, y luego las ilustra localmente con testimonios dados por militantes. Esos testimonios permiten observar las dinámicas de disciplinamiento sexual dentro de los partidos en ese momento: una militante comentaba que sus relaciones sexuales con otros militantes habían sido insatisfactorias, y que en las ocasiones en que había manifestado su disconformidad, sus *partners* la habían descalificado apelando al discurso partidario, de modo que ella nunca más se había atrevido a manifestar su incomodidad en esas situaciones (“Crisis” 66). Otra militante contaba que en encuentros partidarios que duraban días y que obligaban a cierta convivencia, los encuentros sexuales eran casi digitados por militantes más experimentados, y contaba excusas que había inventado y acciones que había tomado para evadir esos encuentros no deseados, lo que había implicado que la hostigaran refiriéndose a su supuesta orientación sexual (“Crisis” 67-68). Otra militante narra su vivencia en la escuela de cuadros con su marido en la década de 1970, donde habían sido burlados por responder a patrones tradicionales de pareja monogámica, y en la que los militantes con más experiencia intervenían para promover relaciones entre militantes más jóvenes, o rupturas de relaciones de pareja para supuestos fines “programáticos” (“Crisis” 69). Otras militantes referían a no sentirse respetadas en sus pudores o fantasías que eran descalificados de “pequeñoburgueses” en los encuentros sexuales con otros militantes (“Crisis”

70-71). En todos estos casos se observa que el disciplinamiento sexual se producía desde un discurso partidario de cierta libertad sexual, pero que imponía un nuevo mandato en el que las subjetividades individuales, sobre todo las de las mujeres, no tenían lugar. La necesidad de que la subordinación de las mujeres en los partidos y su disciplinamiento sexual fueran modificados, eran tareas pendientes en un contexto en el que el “destape” permitía hablar de estos temas, y en el que las organizaciones feministas desarrollaban distintas campañas y organizaban el primer Encuentro Nacional de Mujeres de 1986 (Tarducci 136-154).

Praxis también publicó una serie de entrevistas realizadas por Gerardo Yomal a dos hombres de 47 y 32 años, ex militantes del PCR y militantes en ese momento del movimiento gay; a otro joven de 30 años integrante del PI; a una mujer de 45 que había integrado el PST y que, en los años ochenta, era feminista; otra mujer de 28 años, ex militante del PC, y en esa época, del PO. Uno de los militantes del movimiento gay comentaba que en el PCR le habían dicho que “el homosexual sufre una doble represión si es revolucionario: como revolucionario y como homosexual [...] tu vida privada puede ser un obstáculo para la seguridad del partido. Me dijeron: tenés que tener más recaudos que cualquier otra persona” (Yomal 79). A esta descripción de estigmatización de la homosexualidad, se sumaban denuncias de la ex militante del PST que decía que el acompañamiento del partido al feminismo y al FLH en 1974, había sido un aprovechamiento electoral, mientras otro narra un supuesto episodio en el que un “capo” de Montoneros que era homosexual, había recibido “adiestramiento” para que su performatividad se adecuara a los patrones de una masculinidad heterosexual (Yomal 79-80). Uno de los militantes gays narraba que, mientras había sostenido su doble militancia en el PCR y en el movimiento gay, el partido pretendía que llevara la línea partidaria a la organización (Yomal 80). Respecto a la situación en los años ochenta, la militante del PO afirmaba que en su partido todos podían ingresar, pero que no iban a reivindicar “el homosexualismo” (sic). Estas declaraciones muestran que la homofobia, la invisibilización y la represión de la homosexualidad no eran un problema de la izquierda de los años setenta, sino una cuestión a resolver en los ochenta: los gays podían participar en los partidos, pero no haciendo una reivindicación de la lucha contra la homofobia social, en un contexto que el movimiento gay había comenzado su política de visibilización y tenía cierta repercusión mediática.

Una mirada más cercana a pensar las cuestiones vinculadas a sexualidad, militancia, y subjetividad individual se observa en una serie de notas que se publicaron en *El Periodista de Buenos Aires*, *Crisis 2ª Época*, y *Fin de Siglo* sobre las vivencias en la cárcel de las presas políticas, y de una presa política en particular, detenida desde 1974, y condenada a prisión perpetua en 1978.

Hilda Cuesta de Nava había sido detenida por la Policía Federal en Santa Fe junto a su pareja, cuando era estudiante universitaria de enfermería, militante del PRT, y estaba embarazada. Al momento de la detención sufrió torturas y violaciones, pero no perdió el embarazo. Su hijo pudo permanecer con ella detenido hasta el año y medio, cuando fue trasladada a la cárcel de Ezeiza, y el nene quedó bajo custodia de los abuelos maternos. Hasta que el niño tuvo tres años, solo le permitían verlo a través un vidrio. Luego, le permitieron verlo de forma presencial 15 minutos. La “desmaternalización”, según la historiadora Débora D’Antonio, fue una de las políticas de desobjetivación que se implementó en las cárceles en tiempos del Estado terrorista, se produjo una modificación de la legislación, y por un decreto de mayo de 1976 se estableció que las presas solo podrían conservar a sus hijos junto a ellas hasta que cumplieran seis meses (209-213). Dado que el juicio y la sentencia contra Hilda Cuesta de Nava estuvieron plagados de irregularidades, su abogado defensor pidió la revisión del caso en 1985; la Embajada Italiana había establecido contacto con ella dado que estaba tramitando la ciudadanía de ese país (Herrera 45). Su caso fue emblemático por ser el de la única presa política que quedaba detenida en 1985. La organización feminista ATEM reclamaba por su liberación (sobre todo, para la conmemoración del día de la mujer trabajadora) (Tarducci 98), cosa que también hizo la CHA (“Libertad” 8-9). En 1986 se publicó un libro con una extensa entrevista que le realizaron Ulises Gorini y Oscar Castelnuovo, titulado *Lili, presa política: reportaje desde la cárcel*. Las notas de *El Periodista de Buenos Aires* ponían especial énfasis en contar su historia, la difícil maternidad que vivenciaba, el escaso contacto que podía mantener con marido, que también seguía preso desde 1974, y la carta que ella le había enviado a Raúl Alfonsín manifestando su estupor por continuar presa pese al retorno de la democracia (Grinberg 21). La nota publicada en *Crisis 2ª Época* se componía en primer lugar de un relato en primera persona de Hilda Cuesta de Nava y, en segundo término, por fragmentos de la entrevista que luego fue publicada como libro. Del texto en primera persona hay un detalle que resulta significativo y es que ella comentaba que al momento de la detención tenía 20 días de embarazo y que, cuando tras la detención y las torturas, su pareja se enteró de que estaba embarazada “pensaba que mi embarazo era producto de la violación a la que fui sometida, y tardó un tiempo en creer que era nuestro” (González Cezer 68). Si bien el testimonio de Cuesta de Nava no ahondaba sobre esta cuestión, sí resulta significativa su mención para reflexionar acerca de las particulares violencias que sufrieron las militantes por su condición de mujeres en los años setenta, y que implicaron la represión política, las torturas (y la violación como una de ellas) y, a la vez, cierto desapego afectivo de

parte de sus parejas en difíciles circunstancias como las que esta mujer había enfrentado.⁸

Las cuestiones referidas a la sexualidad durante el período de detención de las presas políticas fue presentado, entre otros temas, en un extenso artículo de *Fin de Siglo* en 1987, como resultado de un trabajo realizado por Claudia Schwartz con un grupo de ex presas políticas con las que se reunieron para escribir una obra teatral sobre la vida en la cárcel. En la nota se explicaba que los temas referidos a la sexualidad no habían aparecido en las conversaciones entre ellas, hasta que un día en que no había grabador, y Schwartz no estaba presente, surgieron.

Se comentó que la gente de las organizaciones tenía en general actitudes reprobatorias ante estas relaciones [las lésbicas] y que hubo casos en que se aisló a compañeras que mantenían relaciones afectivas. Esto partía –se conjeturó– de una actitud moral de gran rigidez, nacida de una valoración política muy mística que desvalorizaba lo humano en función de lo militante. La actitud moralmente digna para esas compañeras era de autoinmolación, de sacrificio en lo personal. Todo lo que tendiera a respetar la diversidad de lo humano se consideraba una debilidad o un quiebre. (“Alicia” 29)

El fragmento marca como, aún en los tiempos en que estas mujeres pertenecientes a distintas organizaciones de la izquierda revolucionaria habían sido presas políticas de la dictadura, la marca subjetiva de los discursos moralizantes de las organizaciones a las que pertenecían seguían teniendo incidencia en su propia sexualidad. La necesidad de revisar en términos políticos e individuales esos posicionamientos moralizantes que habían tenido las organizaciones de la izquierda aparecía de la boca de una de esas ex presas políticas:

De pronto ves casos allí dentro [...] que te cambian. Encontrás por ejemplo a una gorda que teje todo el día y te bate la justa y vos decís “¡Cómo! ¿De qué partido será?”. Y la gorda no era de ningún partido [...] y la gorda te hacía crecer florcitas en la cabeza. Y ahí es donde empezás a respetar un montón de cosas que antes te pasabas por el

8 Sobre las formas generizadas y sexualizadas de tortura contra presas políticas en la dictadura pinochetista, y sobre las estrategias de resistencia que algunas de estas mujeres, ver Hinner.

culo. Ahora sabés qué pasa en una sociedad cuando nadie hace la autocrítica y vos decís no voy a venir yo a bajarme los pantalones [...] todo el proceso que se vivió adentro y modificó tantas concepciones, ya no sólo políticas si no cotidianas. (“Alicia” 29)

El recorrido planteado hasta aquí muestra algunas de las revisiones sobre cuestiones vinculadas a la sexualidad, el género y las disidencias sexuales que la cultura de izquierda de la transición planteó como necesarias. Esta revisión implicaba una mirada hacia el pasado reciente con rasgos críticos, y una mirada del presente en movimiento y con contradicciones (se condenaba la persecución de la homosexualidad, pero se mantenían discursos discriminatorios que la vinculaban a la “corrupción”, o a la idea que podía “molestar a otros”; muchos dirigentes y militantes se pronunciaban sobre la opresión a las mujeres, pero en sus propios partidos los espacios intermedios y superiores de secretarías y comités permanecían en manos de varones). Lo que parecía estar en crisis era no solo el acercamiento de nuevas personas a los partidos de izquierda, el modelo de militante, las concepciones sobre sexualidad en relación a la militancia, sino también la propia idea de que la revolución y el socialismo implicarían el fin de toda opresión. En este sentido, cabe mencionar que en varias de las publicaciones trabajadas aparecía esta idea de que la revolución no había implicado el fin de la opresión contra las mujeres y las disidencias (Gagliardi; Gumier Maier, “La izquierda”; Schwartz; Drucaroff y Franzetti), a la vez que las luchas de los colectivos feministas y gays en otros lugares del mundo sí había implicado la eliminación de algunas formas de opresión (Bendit). Igualmente, cabe matizar estas últimas afirmaciones dado que también, en las publicaciones trabajadas, se destacaban las políticas públicas cubanas que habían mejorado el acceso a la educación de las mujeres, aunque no la integración a instancias superiores del gobierno (Soto), y la revolución sandinista, que era señalada como potencial ejemplo de que revolución y revolucionarios podían también construir un proyecto que permitiera el tránsito a una mayor igualdad entre hombres y mujeres. En este sentido, es significativo mencionar que Omar Cabezas, comandante del Frente Sandinista de Liberación Nacional y autor del libro *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, fue entrevistado en dos oportunidades por algunas de las publicaciones (Castelnuovo y Cesaroni), y en ambos casos se indagó sobre su pareja. Cabezas, que en 1986 estaba por publicar una nueva novela, afirmaba que su primer libro, que había sido escrito recurriendo a grabaciones de diálogos con mujeres antes y después de mantener relaciones sexuales, había tenido repercusión porque hablaba claro:

Cabezas: [...] Aquí se ha hablado mucha mierda, hermano y se ha escrito mucha mierda, también. A la gente hay que contarle todo [...] Que la gente está cansada de ser míticos, de hijueputas inalcanzables y quiere encontrarse con gente de carne y hueso, pué... En este segundo libro, hay un capítulo sobre el orgasmo donde yo digo –va a ser polémico– que mi mujer se metió con otro hijueputa y yo igual seguí con ella [...] ¡Pues yo digo que soy cornudo y que me vale verga; porque yo no voy a dejar a mi mujer porque se acostó con otro hijueputa!

Periodista: Hay un planteamiento moral.

Cabezas: ...contra el machismo clásico latinoamericano, que es lo que yo te digo que va a ser polémico. Sin ser una apología al liberalismo de ningún tipo, ni nada que suponga una ruptura de los valores morales revolucionarios ¿cómo no voy a entender que, en determinadas circunstancias, una persona pueda hacer el amor con otra? Como ocurrió con ella: todos encerrados en un cuartito clandestino, a punto de perder la vida todos: se acostó con un hombre, pué... Y bueno, ¿qué? (González Bermejo 40-41)

5. A MODO DE CONCLUSIÓN

El recorrido planteado hasta aquí permite observar algunas cuestiones vinculadas a los alcances de la transición para un universo determinado de la población que se identificaba de izquierda. En primer lugar, que sus publicaciones, en un contexto de eliminación de la censura, fueron espacios desde los que no solamente divulgar el ideario propio de esta, sino también a partir de los que se abrieron debates sobre el estado de situación de la izquierda en un sentido amplio. Lo expuesto en distintas revistas de izquierda en el momento transicional muestra que algunos sectores de la cultura de la izquierda en Argentina se plantearon la existencia de una crisis propia que incluyó cuestiones identitarias, político-partidarias, de agenda pública, y de su pasado reciente, sobre todo en lo referido a ciertos posicionamientos, acciones y representaciones de lo que había sido la izquierda armada de los años setenta. En segundo lugar, que esa idea de crisis intentaba ser vista en diálogo con la experiencia de las izquierdas europeas y latinoamericanas por medio de la replicación, en publicaciones locales, de textos pertenecientes a revistas internacionales que también se habían planteado y planteaban revisiones respecto a cuestiones semejantes a las que se discutían en Argentina, lo que incluía la articulación entre la izquierda, el feminismo y los

movimientos de disidencia sexual, los modelos de militancia, y los mecanismos de disciplinamiento sexual al interior de los partidos. Esos planteos transnacionales en las izquierdas muestran particularidades y periodizaciones locales que resulta significativo observar: en el caso de la cultura de izquierda en Argentina esa revisión se realizó en el proceso de la transición democrática y supuso una actualización de debates que las izquierdas europeas habían atravesado desde los años setenta. En tercer lugar, que esa cultura de izquierda local era polifónica y construía una nueva perspectiva para sí misma, no exenta de contradicciones. La crisis en la que la cultura de izquierda se percibía era pensada no solamente en términos abstractos, sino en términos cotidianos, lo que obligaba a revisar las propias experiencias militantes, y las lógicas partidarias en lo referido a las cuestiones de género, disidencias sexuales, represión sexual, y sexualidad en general en su pasado más reciente y en su posicionamiento ante el presente. En quinto lugar, esa reflexión se realizó en diálogo con el fenómeno del “destape”, que habilitó a nivel general no solo la circulación de imágenes vinculadas a la sexualidad y el erotismo, sino también una incipiente visibilización de las disidencias sexuales (para ese momento, en especial de la homosexualidad y, en menor medida, del lesbianismo), y de las desigualdades que afectaban en particular a las mujeres; a la vez que se producía un creciente movimiento de organización de colectivos feministas, homosexuales, gays y lésbicos. En sexto lugar, que la propia revisión fue también resultado de que mujeres y disidencias fueron disputando y conquistando cada vez más espacio en las publicaciones de la cultura de izquierda para tratar estos temas. El recorrido planteado permite observar cómo esta cultura en los años ochenta, también se percibía en transición, entendiendo por esto que identificaba la coyuntura local como transicional en términos generales, a la vez que se planteaba cómo construir nuevas formas de militancia y nuevas agendas que contemplaran y modificaran algunas de las ideas y prácticas que habían implicado formas de disciplinamiento sexual, a las que identificamos como propias de la heteronormatividad. Esa construcción, a la vez, estuvo plagada de contradicciones. Por ejemplo, se criticaba la represión de la homosexualidad, pero se sostenían un conjunto de prejuicios y estereotipos sobre esta; se denunciaba la situación de desigualdad que sufrían las mujeres, pero las conducciones partidarias y los espacios periodísticos identificados como de izquierda, daban mayor lugar a los varones.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Águila, Gabriela. “La izquierda argentina, entre la dictadura y la transición democrática: notas para su estudio”. *Revista Historia Social y de las Mentalidades*, vol. 23, no. 2, enero 2019, pp. 277-304. DOI: <https://doi.org/10.35588/rhsm.v23i2.4109>
- , “A propósito de los estudios sobre las izquierdas en la historia reciente argentina”. *Revista Archivos de historia del movimiento obrero y de la izquierda*, año VII, no. 14, marzo de 2019, pp.170-177. DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n14.72>
- Álvarez, Victoria. “Un tiempo suspendido. Vida cotidiana y devenir feminista de mujeres argentinas exiliadas durante la última dictadura militar (1976-1983)”. *Revista Arenal. Revista de historia de las mujeres*, vol. 26, no. 2, julio-diciembre 2019, pp. 427-447. DOI: <http://dx.doi.org/10.30827/arenal.v26i2.9174>
- Bellucci, Mabel. *Orgullo. Carlos Jáuregui, una biografía política*. Emecé, 2010.
- Bocchino, Adriana A. “Crisis 2ª Época (1986-1987). Una revista con los tiempos cambiados”. *CELEHIS-Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas*, año 14/15, no. 17, 2005/2006, pp. 77-96. <https://fh.mdp.edu.ar/revistas/index.php/celehis/article/view/606/609>
- Carnovale, Vera. *Los combatientes. Historia del PRT-ERP*. Siglo XXI Editores, 2011.
- Casola, Natalia. “El Partido Comunista argentino y la última dictadura militar. La cuestión de la legalidad”. *A contracorriente: Revista de Historia Social y Literatura en América Latina*, vol. 13, no. 2, 2016, pp. 37-68. <https://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/1355/2535>
- Cerviño, Mariana. “Jorge Gumier Maier y Marcelo Pombo. Activistas gays en el campo artístico de Buenos Aires”. *Revista Latinoamericana Sexualidad, Salud y Sociedad*, no. 14, agosto 2013, pp. 91-113. DOI: <https://doi.org/10.1590/S1984-64872013000200005>
- Cosse, Isabella. ““Infidelidades”: moral, revolución y sexualidad en las organizaciones de la izquierda armada en la Argentina de los años 70”. *Revista Prácticas de Oficio*, vol. 1, no. 19, junio-diciembre 2017, pp. 1-21. <https://www.ides.org.ar/sites/default/files/attach/1.-COSSE.pdf>

- , “Masculinidades, clase social y lucha política (Argentina, 1970)”. *Revista MexicanadeSociología*, vol. 81, no. 4, octubre-diciembre 2019, pp. 825-854. <http://revistamexicanadesociologia.unam.mx/index.php/rms/article/view/57978>
- Cristal, Yann y Guadalupe Seia. “La izquierda estudiantil de la Universidad de Buenos Aires en la transición democrática (1982-1985)”. *Archivos de la historia del movimiento obrero y la izquierda*, no. 12, 2018, pp. 97-118. DOI: <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n12.40>
- D’Antonio, Débora C. *Transformaciones y experiencias carcelarias. Prisión política y sistema penitenciario en la Argentina entre 1974 y 1983*. Tesis Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 2010. <http://repositorio.filo.uba.ar/handle/filodigital/1414>
- Ermosi, Débora. “Los jóvenes comunistas y la FJC durante el período postdictatorial (1983-1989)”. *Actas del XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia, Universidad Nacional de Cuyo*, 2 a 5 de octubre de 2013. <https://cdsa.aacademica.org/000-010/553>
- Fabris, Mariano. “El Episcopado argentino, el “destape” y la amenaza a los valores tradicionales, 1981-1985”. *Revista Cultura y Religión*, vol. VI, no. 1, junio de 2012, pp. 92-112. <https://www.revistaculturayreligion.cl/index.php/culturayreligion/article/view/50/59>
- Feld, Claudia. “La prensa de la transición ante el problema de los desaparecidos: el ‘show del horror’”. *Democracia, hora cero: actores, políticas y debates en los inicios de la posdictadura*, directoras Claudia Feld y Marina Franco, Fondo de Cultura Económica, 2015, pp. 269-316.
- Feld, Claudia y Marina Franco. “Democracia y Derechos Humanos en 1984, ¿Hora cero?”. *Democracia, hora cero. Actores, políticas y debates en los inicios de la posdictadura*, directoras Claudia Feld y Marina Franco, Fondo de Cultura Económica, 2015, pp. 359-400.
- Ferrari, Marcela. “El Partido Intransigente en la reconstrucción democrática. Perspectiva microanalítica y aproximaciones de escala. Mar del Plata, Argentina (c.1982-1991)”. *Revista de Historia Quinto Sol*, vol. 24, no. 1, enero-abril 2020, pp. 1-21. DOI: <http://dx.doi.org/10.19137/qs.v24i1.3414>
- Franco, Marina. *El final del silencio. Dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición (Argentina, 1979-1983)*. Fondo de Cultura Económica, 2018.
- Garrido, Juan Carlos y Claudio Barrientos. “Identidades en transición: prensa, activismo y disidencia sexual en Chile, 1990-2010”. *Revista*

- Psicoperspectivas*, vol. 17, no. 1, 15 de marzo de 2018, pp. 1-11.
DOI: <https://doi.org/10.5027/psicoperspectivas-vol17-issue1-fulltext-1189>
- Grammático, Karin. *Mujeres montoneras. Una historia de la Agrupación Evita (1973-1974)*. Editorial Luxenburg, 2011.
- Hinner, Hillary. “«Fue bonita la solidaridad entre mujeres»: género, resistencia y prisión política en Chile durante la dictadura”. *Revista Estudios feministas*, vol. 23, no. 3, setiembre-diciembre 2015, pp. 867-892.
DOI: <https://doi.org/10.1590/0104-026x2015v23n3p867>
- Igal, Diego. *Humor Registrado. Nacimiento, auge y caída de la revista que superó apenas la mediocridad general*. Marea editorial, 2013.
- Insausti, Santiago Joaquín. “¿Hedonistas o revolucionarios? Política homosexual radical de izquierda y trotskista en Argentina y Brasil (1967-1983)”. *Revista Mora. Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género*, no. 25, 2019, pp. 85-110.
DOI: <https://doi.org/10.34096/mora.n25.8493>
- “La CHA: las políticas de *comingout* y la construcción del gay visibilizante”. Inédito, 2021.
- López, Rodrigo y Victoria Bona. “Los desafíos del Frente del Pueblo. El PCA y el MAS en la transición democrática argentina”. *Revista Historia Social y de las Mentalidades*, vol. 24, no. 2, 2020, pp. 233-264.
DOI: <https://doi.org/10.35588/rhsm.v24i2.4494>
- López Perea, Fedra. *Visibilizando. Represión estatal, representaciones, activismo y discursos médicos en torno de homosexualidad, el lesbianismo y el travestismo en la apertura democrática (1983-1988/89)*. Tesis de Maestría, Instituto de Altos Estudios Sociales/Universidad Nacional de San Martín, 2018. Inédito.
- Manzano, Valeria. “El psicobolche: juventud, cultura y política en la Argentina de la década de 1980”. *Revista Izquierdas*, no.41, agosto 2018, pp. 250-275. DOI: <https://doi.org/10.4067/s0718-50492018000400250>
- “Los hijos de Mayo: generaciones y política en la Argentina, 1969-1994”. *Revista Contenciosa*, año VII, no. 9, 2019, pp. 1-15.
DOI: <https://doi.org/10.14409/contenciosa.v0i9.8775>
- “Tiempos de destape: sexo, cultura y política en la Argentina de los ochenta”. *Revista Mora. Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género*, no. 25, 2019, pp. 135-153.
DOI: <https://doi.org/10.34096/mora.n25.8526>

- Milanesio, Natalia. "Sex and Democracy: The Meanings of the Destape in Postdictatorial Argentina". *Hispanic American Historical Review*, vol. 99, no. 1, 2019, pp. 91-122. DOI:<https://doi.org/10.1215/00182168-7287984>
- .*Destape! Sex, democracy, & freedom in postdictatorial Argentina*. University of Pittsburgh Press, 2019. DOI: <https://doi.org/10.2307/j.ctvpwhf9c.3>
- Oberti, Alejandra. *Las revolucionarias. Militancia, vida cotidiana y afectividad en los setenta*. Edhasa, 2015.
- Ollier, María Matilde. *De la Revolución a la democracia. Cambios privados, públicos y políticos de la izquierda argentina*. Siglo XXI Editores, 2009.
- Ortuño Martínez, Bárbara. "La historia pendiente: exiliadas argentinas de los setenta. Una aproximación a través de las cartas". *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 77, no. 1, enero-junio 2020, pp. 113-135. DOI: <https://doi.org/10.3989/aeamer.2020.1.05>
- Osuna, María F. *De la revolución socialista a la revolución democrática: las prácticas políticas del Partido Socialista de los Trabajadores-Movimiento al Socialismo durante la última dictadura 1976-1983*. Universidad Nacional de La Plata; Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento; Posadas: Universidad Nacional de Misiones, 2015. <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/libros/pm.375/pm.375.pdf>
- Patiño, Roxana. *Intelectuales en transición: las revistas culturales argentinas (1981-1987)*. Departamento de Letras Modernas de Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas de Universidade de São Paulo, (Cuadernos de Recienvenido, 4), 1997. <https://dmlm.fflch.usp.br/sites/dmlm.fflch.usp.br/files/recienvenido04.pdf>
- Petra, Adriana. *Intelectuales comunistas en la Argentina (1945-1963)*. Tesis de Doctorado, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata, 2013. <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/34928>
- Román, Claudia. *1983-1993: Revistas literarias de Buenos Aires en los años de la democracia (Informe final Beca UBACyT)*. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1997. https://ahira.com.ar/estudios-criticos/?rh-study_author=Roman%2C+Claudia
- Seminara, Luciana y Mariana Bortolotti. "Entrevistas con mujeres. Experiencias de vida y militancia en la historia reciente argentina". *Revista Arenal. Revista de historia de las mujeres*, vol. 18, no. 1, enero-junio 2011, pp. 219-226. <https://revistaseug.ugr.es/index.php/arenal/article/view/1446>

- Simonetto, Patricio. *Entre la injuria y la revolución: el Frente de Liberación Homosexual: Argentina 1967-1976*. Universidad Nacional de Quilmes, 2017.
- Sirinelli, Jean François. “Del hogar al ágora. Para una historia cultural de lo político”. *Revista electrónica de historia cultural HumHA*, año 1, no. 1, setiembre de 2015, pp. 74-82.
<https://revistas.uns.edu.ar/humha/article/view/265>
- Suriano, Juan y Eliseo Álvarez. *505 días que la Argentina olvidó. De la rendición de Malvinas al triunfo de Alfonsín*. Editorial Sudamericana, 2013.
- Sutherland, Juan Pablo. *Nación Marica. Prácticas culturales y crítica activista*. Ripio Ediciones, 2009.
- Tarcus, Horacio. *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milciades Peña*. Ediciones El cielo por asalto, 1996.
- Tarducci, Mónica. “Los ochenta”. *Cuando el feminismo era mala palabra. Algunas experiencias del feminismo porteño*, coords. Mónica Tarducci et al., Espacio Editorial, 2019, pp. 89-158.
- Terán, Oscar. *Nuestros años sesenta: La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina*. Siglo XXI, 2013.
- Townsend, Brandi. “Violentando y rehabilitando masculinidades de izquierda: la tortura sexual contra hombres y la terapia psicológica en las organizaciones de derechos humanos durante la dictadura de Pinochet, 1970s-1980s”. *Revista Izquierdas*, vol. 43, diciembre 2018, pp.159-184.
DOI: <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-50492018000600159>
- Trebisacce, Catalina. “Los años setenta”. *Cuando el feminismo era mala palabra. Algunas experiencias del feminismo porteño*, coords. Mónica Tarducci et al., Espacio Editorial, 2019, pp. 13-56.
- Ulanovsky, Carlos. *Paren las rotativas. Diarios, revistas y periodistas, 1970-2000*. 2ª ed., Emecé, 2005.

FUENTES

Revista Crisis 2ª Época

- Giberti, Eva. “Nos negamos a dulcificar el conflicto”. *Crisis 2ª Época*, no. 41, abril 1986, pp. 36-37.

- González Bermejo, Ernesto. “Omar Cabezas: “Cada quien tiene su montaña””. *Crisis 2ª Época*, no. 46, setiembre de 1986, pp. 37-41.
- González Cezer, Marcos. “De mano en mano, de celda en celda”. *Crisis 2ª Época*, no. 49, diciembre de 1986, pp. 67-71.
- “La juventud y la política: entre el recelo y la confianza. Los que estudian”. *Crisis 2ª Época*, no. 42, mayo de 1986, p. 19.
- Schwartzter, Alice. “La mujer en rebelión. Reportaje a Simone de Beauvoir”. *Crisis 2ª Época*, no. 42, mayo de 1986, pp. 44-46.

Revista Crisis 3ª Época

- Drucaroff Aguiar, Elsa y Silvana Franzetti. “María Elena Walsh: “Las mujeres cedemos el lugar para que no nos maten””. *Crisis 3ª Época*, no. 71, junio de 1989, págs. 65-68.

Revista El Periodista de Buenos Aires

- Herrera, Matilde. “La maternidad presa”. *El Periodista de Buenos Aires*, año I, no. 26, 8 a 14 de marzo de 1985, p. 45.
- Gagliardi, Rina. “Una dama que no quiso ser de hierro. Entrevista con Rossana Rosanda”. *El Periodista de Buenos Aires*, año I, no. 26, 8 a 14 de marzo de 1985, p. 44.
- Grinberg, Patricia. “Hilda Cuesta de Nava. La última presa política”. *El Periodista de Buenos Aires*, año II, no. 78, 7 a 13 de marzo de 1986, p. 21.
- Jockl, Alejandro. “La Comunidad Homosexual Argentina está en marcha”. *El Periodista de Buenos Aires*, año I, no. 3, setiembre 29- octubre 5 de 1984, pp. 42 y 43.

Revista El Porteño

- Gumier Maier, Jorge. “La Izquierda y Osiris Villegas: Extrañas coincidencias”. *El Porteño*, año III, no. 35, noviembre de 1984, p. 77.
- “Derechos Humanos, sexualidad y autoritarismo”. *El Porteño*, año III, no. 36, diciembre de 1984, p. 80.
- “Luis Zamora, candidato a presidente del MAS: “La prohibición del aborto no sirve para evitarlo”. *El Porteño*, año II, no. 23, noviembre de 1983, p. 14.
- “Néstor Vicente, candidato a consejal [sic] del P.D.C.: “No podemos condenar la homosexualidad”. *El Porteño*, año II, no. 23, noviembre de 1983, p. 13.

Núñez, Sergio. “Las juventudes de izquierda y los temas tabúes”. *Cerdos & Peces*, Suplemento marginal de *El Porteño*, año II, no. 12, marzo de 1985 pp. 2-5.

Roldán, Roberto. “Pareja, monogamia y fidelidad”. *El Porteño*, año V, no. 52, abril de 1986, pp. 46-47.

Revista *Fin de siglo*

“Alicia en las prisiones”. *Fin de Siglo*, no. 5, noviembre de 1987, pp.23- 29.

Bendit, Cohn. “Bárbara, Dany el Rojo y la Revolución Conversada”. *Fin de Siglo*, no. 18, diciembre de 1988, pp. 57-59.

Brogna, Gabriela. “Combates inútiles”. *Fin de Siglo*, no. 2, agosto de 1987, p. 52.

Castelnuovo, Oscar y Claudia Cesaroni. “Fieles son los perros”. *Fin de Siglo*, no. 15, setiembre de 1988, pp. 25-27.

Castro, Dardo. “Matrimonios y algo más”. *Fin de Siglo*, no. 17, noviembre de 1988, pp. 44-45.

Soto, Moira. “Lola Calvino, la cámara de la Revolución”. *Fin de siglo*, no. 3, setiembre de 1987, pp. 24-26.

Revista *Praxis*

Avenas, Denise y Alain Brossat. “Nuestra generación”. *Praxis. Estudios-Debates-Documentos*, año III, no. 5, verano 1986, pp. 28-37.

Brocato, Carlos A. “El intelectual y la crítica al balazo”. *Praxis. Estudios-Debates- Documentos*, año I, no. 1, primavera de 1983, pp. 52-58.

----- “Crisis de la militancia (notas sobre la sexualidad)”. *Praxis. Estudios-Debates-Documentos*, año III, no. 5, verano 1986, pp. 55-74.

Contreras, Javier. “Sucede que me canso de ser hombre”. *Praxis. Estudios-Debates-Documentos*, año III, no. 5, verano 1986, pp. 50-53.

“Editorial. Alcances y límites de la democracia en Argentina”. *Praxis. Estudios-Debates- Documentos*, año I, no. 3-4, 1984, pp. 3-37.

Márques, Josep Vincent. “Olvido, menosprecio y secreta venganza de la cosa personal en la militancia”. *Praxis. Estudios-Debates-Documentos*, año III, no. 5, verano 1986, pp. 39-48 y 74.

Praxis. Estudios- Debates- Documentos, año I, no. 1, primavera de 1983, p. 51.

- Rossi, Laura. “Los intelectuales argentinos frente a la dictadura. Un modelo de “transformismo””. *Praxis. Estudios- Debates- Documentos*, año I, no. 1, primavera de 1983, pp. 59-118.
- Rossi, Laura y Horacio Tarcus. “Editorial: Militancia y revolución (la crisis de un modelo)”. *Praxis. Estudios-Debates-Documentos*, año III, no. 5, verano de 1986, pp. 3-26.
- Yomal, Gerardo. “Encuesta sobre militancia y vida cotidiana. Entrevistas de Gerardo Yomal”. *Praxis. Estudios-Debates-Documentos*, año III, no. 5, verano 1986, pp. 75-85.

Revista Vamos a andar

- “Libertad a Hilda”. *Vamos a Andar. Publicación de la Comunidad Homosexual Argentina*, año 1, no. 2, octubre de 1986, pp. 8-9.